PBT

Año XV. N.º 692

27 de Febrero de 1918



Caminito de la fuente

Cuadro de Juan Francés.

Dirección, Redacción
y Administración:

Av. Julio A. Roca 531



Teléfonos
Dirección, Redacción
y Administración:

Unión T. 2402, Avenida
Coop. T. 1398, Central

HUMORISTICO
NOTICIOSO
INSTRUCTIVO

DIRECTOR:
SIDNEY A. SMITH

Precios de subscripción

EN LA CAPITAL		EN EL INTERIOR	
Trimestre	$ 2.50	Trimestre	$ 3.00
Semestre	» 5.00	Semestre	» 6.00
Año	» 9.00	Año	» 11.00
Número suelto	» 0.20	Número suelto	» 0.25
Número atrasado	» 0.40	Número atrasado	» 0.50

EN EL EXTERIOR

Trimestre	$ oro 2.00
Semestre	» 4.00
Año	» 8.00

Encuadernación:

Por encuadernar cada tomo correspondiente a un bimestre hasta el número 457 inclusive	$ 1.60
Por cada tapa suelta, íd., íd	» 0.90
Por encuadernar cada tomo bimestral, del número 458 en adelante	» 2.00
Por cada tapa suelta, íd., íd	» 1.00
Por encuadernar cada tomo trimestral, del número 619 en adelante	» 3.00
Por cada tapa suelta, íd., íd	» 1.50

Para precios de propaganda dirigirse al Jefe Sección Avisos.

No se devuelven los originales, ni se pagan las colaboraciones no solicitadas por la Dirección, aunque se publiquen. Los repórteres, fotógrafos, cobradores, agentes viajeros y demás representantes de esta revista justificarán su personalidad documentalmente, rogándose al público no reconozca en tal carácter a quien no presente el referido testimonio de identidad firmado y sellado por la Administración.

El Administrador.

JUANCITO EL CONQUISTADOR ASALTADO



En todos los números se publicará una de estas historietas, que nos remitan nuestros pequeños lectores.



PÁGINA FEMENINA



LOS HIJOS. Las madres modernas tienen hijos y hasta existen mujeres de buena voluntad que perpetúan todavía la raza humana, pero este cargo parece agobiarlas a veces y el pequeño ser suele verse privado de las caricias maternales.

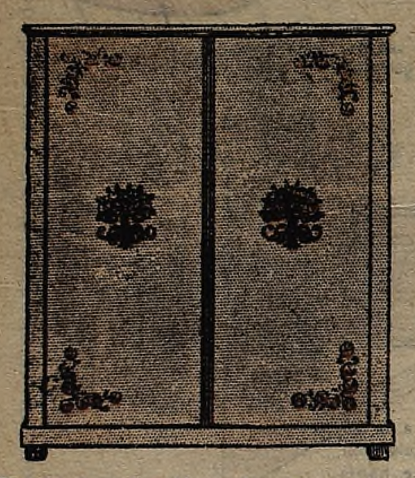
¡Cuán contadas son las mujeres que saben resistir a los atractivos del mundo para permanecer siendo las guardianas del hogar, cerca de la cuna de sus hijos, abandonados a los cuidados de una mercenaria!

¿Cómo pueden resignarse esas mujeres a privarse de la felicidad perpetua que los pequeñitos dan al hogar con su charla? ¿Cómo pueden alejarse sin temor?

Un accidente, una enfermedad repentina, la difteria, las convulsiones, etc., todo ese espanto de las madres les es indiferente, acaso viven persuadidas de que el médico llamado a toda prisa podrá conjurar con una inyección de suero el peligro que amenaza al querido ser.



Interior de un mueble para la cómoda distribución de la lencería.



Mueble en madera blanca decorada con diversos motivos en pirograbado.

¿Acaso saben si la mujer que ocupa su puesto tendrá suficiente inteligencia para darse cuenta de la gravedad de la situación? ¿Están seguras de que permanecerá al lado de la criatura y no se irá a charlar a la cocina, persuadida de que el niño no necesita nada o que si grita ninguna emoción vendrá a agitar el alma plácida de la extraña que no tiene por qué manifestar mayor interés del que le manifiesta su misma madre?

Al lado de esta tristeza, de este abandono, que es la suerte de la infancia en ciertas casas, el mal aumenta cuando el niño llega a la edad de comprender y principia a darse cuenta de lo que pasa en torno suyo. Las conversaciones que oye no siempre son convenientes; al principio no presta atención, o no las comprende; pero luego su espíritu se despierta gradualmente, y busca el sentido de las palabras, reflexiona y acaba por aprender lo que siempre debiera ignorar.

Antaño las matronas romanas permanecían encerradas en el gineceo, dedicadas a la custodia y educación de sus hijos, enseñándoles los primeros principios de la vida y haciendo de ellos hombres verdaderos; y cuando tomaban el vestido viril salían de sus brazos robustos, sanos y educados.

En nuestra época la suerte de la infancia nos preocupa mucho. Se forman ligas, se crean sociedades, y hasta un honorable senador francés trabaja con fervor para inspirar el deseo de la repoblación. ¿Para qué? Si las madres después de haber dado a luz se niegan a conservar la vida de sus hijos, es decir, a dirigirla, no ya la del cuerpo sino también la del espíritu, y si la inteligencia del niño se ve turbada insensiblemente con los malos ejemplos, y si su corazón no sabe qué dirección tomar, ¿para qué arrojarlo a la vida?

CONSULTORIO FEMENINO. **A Intrigada.** — Es seudónimo; el verdadero nombre pocos lo saben, como ocurrió con Rubén Darío.

A Coquito afligido. — Ponerse una venda de tela nueva, mojada en un compuesto a partes iguales de alcohol y clara de huevo. Se tiene toda la noche. Después de quince días, el cutis recobrará su tersura.

A Zulema. — La electrolisis aseguran que da buenos resultados. Todos los demás específicos no hacen sino aumentar esa molestia. Le aconsejaría aplicaciones diarias de agua oxigenada.

A Laura S. M. — Alimentación a base de féculas. Cerveza negra en las comidas. Masajes con la siguiente preparación: Extracto de galega, 5 gramos; lanolina, 20 gramos; cerato, 10 gramos; agua de rosas, 5 gramos.

A Perla negra. — Su carta es algo confusa, pero de ella se desprende que ese joven es como el perro del hortelano. ¡Qué va usted a hacer? No habiendo dado motivo de enojo, es inexplicable esa actitud desdeñosa, queriéndose hacer el interesante. No le pida explicación ninguna; si la quiere, él tratará de acercarse otra vez, en cuyo caso le aconsejo una indiferencia sonriente, como si nada hubiera usted notado.

A Una subscriptora de P B T, F. C. S. I. — Es usted muy cándida al creer en la charla mentirosa de ese joven. Eso de «la novia que no se quiere» es la eterna historia. Además, poco se conocen ustedes. Y un verdadero cariño debe empezar: primero, por simpatía; luego, estimación; más tarde, sincero afecto, y, por último, amor. Todo ello matizado por ligeras escaramuzas, enojos, reconciliaciones, celos que no se quieren serio, tristezas reveladoras y alegrías inesperadas. El amor es un fin, no un principio.

A Baby. — Me gusta lo que llama usted «carácter raro». Conteste que sí, y Dios quiera hacer de usted la más dichosa de las mujeres.

NUEVAS MAESTRAS



Alumnas egresadas de la Escuela Normal número 7 (primera división), con el título de maestra normal. De izquierda a derecha: Señoritas Laura M. Carotti, Paula M. Casavilla, Julia I. Maiocchi, Delia Basile, Sara Noble, Maraía E. Anganuzzi, Elva Ipharraguere, Rosa Croci, Angela C. Imundo, Celestina M. Branda, Zulema O. Vizcargüénaga, Magdalena Lissín, Luisa Fitón, María T. Russo, Adelina Zaffaroni, Angélica Panza, Elvira Alberico, Sofía Serra, Lydia Pantulyano, Hedda y Wilma Andrich, Marta Achával.

NOTAS CARNAVALESCAS



«La Cruz Roja francesa», coche ocupado por distinguidas señoritas.



«Las manolas» en el corso de la avenida General Paz.



«Los cocineros», carro que llamó la atención.



Un palco ocupado por distinguidas familias.

LA PRISION DEL CANONIGO LEAL



El canónigo Leal a la salida de la prisión donde estuvo detenido varios días.



Público que acompañó al canónigo al recuperar su libertad.

TINTA DE IMPRENTA

Almafuerte, su personalidad y su obra, por **Victorio M. Delfino.** — Folleto conteniendo una conferencia pronunciada por el autor.

La justicia en Misiones, por L. R. Naboulet. — Trata este tomo un asunto conocido, que despertó el interés público de todo el país.

Está escrito con vehemencia y buen estilo, y si no se tratara desgraciadamente de la realidad, lo recomendaríamos como una buena novela de emoción.



Señor Angel C. Bassi.

Metodología de la enseñanza intuitiva, por **Angel C. Bassi.** — Así se titula un libro que constituye el primer volumen de una serie de monografías pedagójicas argentinas, que ha empezado a editar la casa Cabaut y Cía. Se trata de una obra de importancia, que ha de ser leída con interés por los maestros y por todos aquellos que se dedican a la enseñanza.

Engarces, por **Pedro Leandro Ipuche.** — Tomo de poesías editado por la editorial «Renacimiento», de Montevideo.

Impresiones de vida intensa, por **Julio Cruz Ghio.** — Así se titula un tomo que el señor Julio Cruz Ghio acaba de publicar.

La obra forma parte integrante de un tríptico literario, con «Las teorías de Loquero», que seguirá, y «El espíritu nuevo», aparecido anteriormente, y que mereció unánimes elogios de la crítica.

Estrofas varoniles, por **Juan Torres.** — Tomo de poesías recientemente editado.

Arpegios, por **Juan Manuel Cotta.** — Libro de versos, en el que el autor ha coleccionado una abundante cosecha.

Publicaciones recibidas. — «Boletín de Estadística de la Policía de la Capital», cuarto trimestre de 1917. — «Carta abierta», Juan Carlos Gómez. — «Un poco de historia y algo de literatura», por Carlos M. Urien. — «Tratamiento práctico racional de la tuberculosis», divulgación científica del Raspail Argentino.

Música. — ¡Ay de mí!, estilo provinciano, letra de Antonio Fontanella, música de Elvira F. Sullivan.

— Hemos recibido un elegante folleto, editado por el Instituto Fémina, de que es fundadora y directora general la señorita Ana Jambert Bax.

Lecciones de Historia Argentina, por **Rómulo D. Carbia.** — Editado por la casa Franzetti y Cía., ha aparecido este libro, adaptado a los planes de enseñanza primaria.

Es una obra bien meditada, que facilitará grandemente la tarea del estudiante.

DE PARANA



Concurrentes a la asamblea de la Concentración Popular (ex demócratas), para constituir el comité de la capital y elegir autoridades.

DE JUNIN



Te ofrecido en el domicilio del escultor señor de Rosa en honor del oficial Juan B. Todín, que regresa a Italia a cumplir sus deberes militares.



VEN ?

¡Cuántos días sin verte! . . . La tristeza
su negro vuelo refugió en mi hastío,
y en mi aterido corazón vacío
volcó el acíbar de su sombra espesa.

A su influjo siniestro, en mi cabeza,
sopló su ingrato soplo el desvarío.
Y los rosales del ensueño mío
agostó con su bárbara rudeza.

¡Oh, ven en mi desgracia a consolarme,
con tus dulces palabras a elevarme
de nuevo a lo alto de mi enhiesta cumbre!

Yo he de cantar de nuevo tus bellezas,
y la hoguera de todas mis tristezas
será el faro de luz que nos alumbre!..,

¿Por qué me encuentro alegre? ¿Por qué siento
como nunca latir acelerado
mi pobre corazón, que acongojado
estaba ayer con tanto desaliento?

¿Por qué, olvidando su fatal tormento
y su eterno llorar sobre el pasado,
el alma se remonta a lo ignorado
en alas de un rosado pensamiento?

¿Será, acaso, que en pago a tanto duelo
y a tanta desazón, hoy quiere el cielo
llenarme de ilusiones la cabeza?

¿O es que "ella", la dulce presentida,
viene a cambiar el rumbo de mi vida
y a ahuyentar con sus besos mi tristeza?...

A. D. Barroetaveña.

UN SUICIDIO

—Oye, Argentina. Esta tarde iremos con don Teodoro a demarcar el terreno que ocupará nuestra vivienda. Así que pase el verano, se iniciarán las obras. Yo mismo he de construir, poniendo en cada trozo de adobe un pedazo de mi alma, la gaviota de que tantas veces te hablé; será blanco su cuerpo por obra de la cal, y las alas plomizas las formaremos con el cinc del techo. Verás entonces, como la perseverancia del hombre que sabe amar da siempre fruto. — Argentina



escuchaba, una mano en la ubre de la vaca overa y otra en el canto del balde ensamblado en su falda, tal cual la encontrara José Alberto. Una sonrisa casi imperceptible jugueteaba en los tersos labios rojos de la criolla, que, picarescamente enpequeñecía, al entrecerrar los párpados, sus ojazos negros, como extrañada de las frases del paisano. Después, súbitamente, sin temor a que la lechera harto mansa de vieja se espantara, levantóse con sorprendente agilidad, dejó a un lado el balde, fué a soltar el ternero uncido a la mano de la madre, y, mientras, aquél gustaba un trago en esta mama y otro trago en aquélla:

—Me está pareciendo que no se ha desayunado bien— hizo deslizar la moza por sus tersos labios, sin dirigir la vista a José Alberto, y tomando un vaso de junto al alambrado del corral, le colmó de espuma porque puesto bien bajo, el apoyo llegaba al jarro de cristal formando cómo una rubia gasa. Y así, pleno de vaporosa espuma que obsequiada por ella era delicia, entregó el vaso a José Alberto, incansable de hablarle de su amor y sus proyectos, aun cuando Argentina no le diera jamás una respuesta. El paisano, soñador y bueno, encontraba siempre esa respuesta, ya en la casi imperceptible sonrisa de la joven, en las finas tablitas con que unía las cejas al simular enojo o en el oyuelo encantador que le mostraba cada mejilla cuando ella, como en una catarata de raudas mariposas, se reía si de vez en vez dejaba que un chiste criollo, todo ingenuidad y picardía, le cosquilleara los oídos. No había reparado el paisano, a pesar de su esmerada instrucción—porque la instrucción nada tiene que hacer en asuntos de amor,—que la misma sonrisa casi imperceptible, las mismas adorables tablitas del entrecejo y los mismos hoyuelos, formaba el rostro de Argentina para cada hombre que le hablara del eterno tema. Y era feliz así, imaginando que el corazón de la mujer que amaba, aceptaría la ficción de su tiranía al aceptarle por esclavo. Escenas como la que ocurrió en el tambo se sucedían de un año atrás. Del aurificado apoyo que sacaba a las lecheras Argentina, supieron el sabor uno u otro día todos los peones de la estancia, y supieron a un tiempo el gusto del apoyo y el gusto sabrosísimo de la indirecta que cada vez tenía, para cada uno de ellos, la hija de la vieja cocinera. Pero, entre todos, se insinuaba la preferencia de la moza por José Alberto; una mujer agradece, indefectiblemente, toda alabanza a su hermosura; y si es bonita la comparación y si la frase es bella, más pronto se rinde al que supo salir de lo vulgar, porque la creyó merecedora de mayor esfuerzo para que no le hallara semejante a los otros. José Alberto, por su esmerada educación — obra de don Teodoro que le quiso como se quiere a un hijo, —por su fama de hombre de ley, por las sentidas décimas que cantaba siempre, inspirando en Argentina, se reputó bien pronto el mozo más galán de todo el pago. Y tal vez Argentina hubo de sentir celos de las criollas que en algún baile campero sirvieron de pareja a José Alberto. Quizá empezaba a sentirle amor, cuando le obsequió con la rubia gasa del apoyo la mañana aquella.

Por esos días llegó a la estancia Ricardo Trelles, sobrino y único pariente que le quedaba a don Teodoro, Y, por tanto, obligado heredero. Ya se sabía, la lonja que en una extensión de legua y media y una anchura de treinta y cinco cuadras costeaba el Saladillo, era el pago que por sus afanes, y mayormente por cariño que le tenía, destinaba don Teodoro a José Alberto; todo el casco de la estancia y el costado sur, cuatro leguas cuadradas, serían mañana de Ricardo Trelles que, rico ya por la herencia que le dejara la hermana de don Teodoro, su madre, acrecentaría sus fondos. Anastasia, la cocinera, gozaría de una renta hasta el fin de su vida, y una chacra se reservaba para el regalo de bodas de Argentina.

Ricardo Trelles demostró ser más galán que José Alberto, y éste, que nunca supo lo que fuera escuchar sin ser visto, sorprendió, en un atardecer, al huésped que rodeando con el brazo derecho el talle de Argentina, la mano en la parte baja del seno de la moza, y muy junta su cara a la de ella, le hablaba, señalándole con la izquierda un añoso pinar:

—Ves, — decía con seguridad, dominador— un cardenal sangriento lanza su trino en la rama del árbol. Un cardenal también, y más sangriento, pueden formar mi boca con tu boca. — Roja como el plumaje del peto del cardenal fué la nube que anubló la vista de José Alberto; en la empuñadura del facón la mano del paisano... El criollo fué de roble, y pudo ver claramente el desprenderse de dos bocas húmedas de amor. Ella se estremeció; por su cuerpo virgen como las tierras de la pampa, la sierpe de la pasión extendió su deseo como el agorero aletazo de un cuervo. Y el heredero rico, el pirata de amor, habló otra vez.

—Lo mismo que la fronda de ese pino, cuando el cardenal dice a la amada sus endechas, se estremece tu seno, se estremece tu cuerpo. Júrame, por ese beso que nos unió las bocas, que siempre me amarás.

—Siem...prrr... — El roble se doblega, azotado por el hacha del leñador; y como se doblega el roble, se dobIegó José Alberto ante los fieros hachazos del destino. Su mano era una fiebre, y el cabo del facón era de fuego. Y la hoja, terrible, se hundió en la espalda de Argentina, como se hubiera clavado en la espalda de un traidor. Ricardo Trelles empuñó el revólver. Y un doble crimen se consumó en las sombras.

....

—Los celos — se comentaba luego, — le impulsaron al crimen. Era una coqueta, pero él fué un cobarde. ¡Matarla por la espalda!

Y cada atardecer, a la misma hora en que las sombras encubrieron un crimen en la estancia, don Teodoro dícese entre indignado y lloroso, con profunda pena:

—¡Me conocía! Por eso se suicidó después...

José Francisco ISART.



PÁGINA INFANTIL



LA CABRITA

Susanita, la única hija del dueño de la más hermosa granja que había en las inmediaciones de la localidad, deseaba ardientemente poseer una cabrita. Hasta entonces, sólo había tenido como compañero de sus juegos a su perro Fox, quien se permitía, a veces, faltar al respeto a su amita, ladrando de una manera tal, que la pobre chiquitina huía aterrorizada, viendo en él más bien un peligro que un juguete.

Para el cumpleaños de Susanita, su padre le trajo de regalo una hermosísima cabrita blanca cumpliendo así los grandes deseos de la niña. Esta, en compañía de su padre, acordaron llamarla Blanquita por la armonía que este nombre guardaba con su color.

Desde ese día sólo hubo alegrías en el corazón de Susana, que pasaba jugando constantemente con su cabra y el bullicioso Fox, sobre el césped blando y verde del parque de la granja.

Todas las tardes, cuando empezaba a obscurecerse, Susana llevaba a su compañera al establo, la amarraba y le daba de comer por sus propias manos, y todas las mañanas iba a visitarla primero que a nadie, y la llevaba al campo.

Pero un día su padre la llevó a la capital para efectuar algunas compras de necesidad y Susana se vió obligada a dejar amarrada en el establo a la inseparable compañera de sus juegos; mas, antes de partir le recomendó que tuviera prudencia y se portara muy bien. Blanquita parecía comprender las recomendaciones y consejos de su amiguita, pues los observaba atentamente y no se atrevía a hacer ningún movimiento.

Una mañana, cuando aun Susana no regresaba de la capital, llegó a la localidad un viajero desconocido en un pequeño cochecito; era éste una «cabrita» de dos asientos. La parte exterior del cochecito estaba desteñida tal vez por el demasiado uso, y su dueño, que no quería verla en tal estado, fué a casa de un pintor de las inmediaciones de la granja.

—¿Podría usted hacerme pintar mi «cabrita»? — preguntó el viajero al pintor.

— ¡Cómo no, señor!; pronto estará usted servido.

El pintor, como era un poco viejo, mandó a un hijo suyo a pintar la «cabrita», y éste, que no conocía otra cabrita que la de Susana, con su tarro de pinturas y un pincel se dirigió al establo de la granja.

Como sus moradores estaban en la capital, al muchacho le fué fácil entrar al establo y pintó a la cabrita de Susana; aunque ésta intentara oponer resistencia.

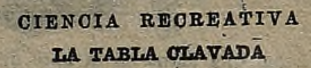
Cuando Susana y su padre regresaron de la capital, lo primero que hicieron fué ir a visitar a la cabrita, y ¡cuál no sería su asombro al ver a su hermosa Blanquita convertida en un animal azul con cabeza verde y patas amarillas!

La desesperación de Susanita fué enorme. Deshecha en lágrimas pidió a su padre le explicara aquello. Este, por su parte, no hallaba qué hacer ni qué decir, hasta que el muchacho ayudante del pintor aclaró lo ocurrido. Todos comprendieron que se trataba de una equivocación; que la «cabrita» que el muchacho debió de haber pintado era un vehículo y no la regalona de Susana. El papá, para tranquilizar del todo a su hija, hizo trasquilar a Blanquita, y a los pocos meses el gracioso animal ostentaba nuevamente un pelaje blanco y brillante.

AFECTO MATERNAL. La madre de Ary Scheffer, de quien el pintor se complacía tanto en reproducir las facciones encantadoras en sus cuadros de Beatriz, de Santa Mónica, y otras de sus obras, fomentaba en su hijo el estudio del arte, y con gran abnegación, le procuraba los medios de continuarlo. Mientras ella vivía en Dordrecht, en Holanda, le envió primero a estudiar a Lille y más adelante a París. Las cartas que recibía de ella estaban siempre llenas de sabios consejos maternales y de tierna y femenina simpatía. «Si pudieras verme, escribía un día, besando tu retrato, y un momento después tomarlo de nuevo, y con las lágrimas en los ojos, llamarte mi hijo muy querido, comprenderías entonces cuánto me cuesta emplear algunas veces el lenguaje severo de la autoridad, y causarte un momento de disgusto... Trabaja con ardor, sobre todo sé modesto y humilde; y si echas de ver que sobrepujas a los demás, compara eso que has hecho con la misma Naturaleza o con el ideal que has concebido, y el contraste será tan grande, que te pondrá en guardia contra el orgullo y la presunción».

Muchos años más tarde, cuando el mismo Ary Scheffer era abuelo, recordaba con afecto los consejos de su madre y los repetía a sus hijos. De este modo es cómo la fuerza vital del buen ejemplo se transmite de generación en generación, y conserva al mundo su juventud y su frescura. Escribiendo a su hija la señora de Marjolin, en 1846, trajo a la memoria palabras de su madre y dijo: «Fija bien en tu memoria, mi querida hija, estas dos palabras: *es necesario*. Tu abuela casi nunca las olvidaba, porque es seguro que en la corriente de la vida, nada produce mejores frutos que aquello que es ganado por el trabajo de las manos, o aquello que alcanzamos al precio de una abnegación propia. El sacrificio es una condición esencial del bienestar y de la felicidad.... Ahora que ya no soy joven te puedo asegurar que los momentos de mi vida que me han dado mayor satisfacción, son aquellos en que he hecho sacrificios, en que me he privado de goces. *Das Entsagen* (la abnegación) es el lema del sabio; Jesucristo nos ha dado el ejemplo de la abnegación más completa».

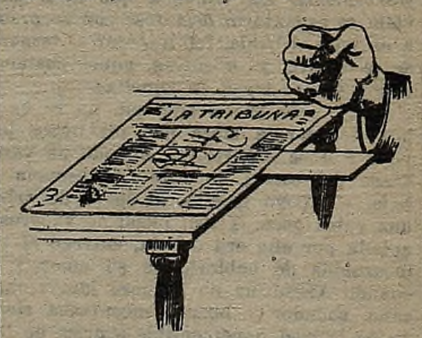
PROVERBIOS. De rico a pobre no hay más que un paso. — Abre un ojo para vender y dos para comprar. — Es mal hacendado quien no ve salir el sol.



CIENCIA RECREATIVA

LA TABLA CLAVADA

Tómese una tabla de 5 a 6 milímetros de espesor, de unos 22 centímetros de anchura y de 55 a 60 de longitud. Colóquese esta tabla sobre una mesa, de manera que sobresalga en dicha mesa cerca de la mitad (lo más posible). Sobre la tabla así dispuesta, y que el menor



toque en su parte saliente haría indudablemente caer, extiéndase una gran hoja de papel. Pueden darse en seguida cuantos puñetazos se quiera en la parte saliente de la tabla; por muchos y muy recios que sean, el simple papel no se moverá de su sitio y la tabla permanecerá en la misma postura, o bien saltará en pedazos, pero no caerá.

COLABORACIÓN ESPONTÁNEA

AURORAL

Entre cortinas de rosados tules
viene la aurora presidiendo al día,
cantan las aves en la selva umbría
y se abren las campánulas azules.

¡Natura rebosando de esplendor,
pinceladas de mágica belleza
va poniendo en el prado, donde empieza
ya la luz del buen Febo a dar color!

En el vivo verdor de la pradera
irisan sus miríficos colores,
el ópalo que visten los albores
de la riente y proficua primavera.

Y muestran sus irídeas lozanías
ramilletes magníficos de flores,
y miríadas de pájaros cantores
entonan arrobables melodías.

¡Las auras, cual bálsamo glorial,
pasan leves, besándonos la frente,
y dejando en nuestra alma suavemente
las fragancias que traen del rosedal!

¡Y despierta el labriego, y con destajo
comienza su misión tan noble y santa;
unce los bueyes al arado y canta
¡el himno prepotente del trabajo!

R. Florencio Peralta López.

AÑORANZA

Como un viejo jardín abandonado
que los años cubrieron de maleza,
está mi corazón... en su tristeza
sólo silvestres flores han brotado.
¡Oh, mi buen jardinero que has regado
ayer mi corazón con tu terneza!
¿Volverá mi jardín con tu belleza
a dar las flores que antes hubo dado?
Yo siento las nostalgias de tus manos
acariciantes; y en mis sueños vanos
que corren en los potros del deseo,
te forjo tal como eres: incitante...
y en mis noches de insomnios, delirante,
como una aparición tus ojos veo.

José I. Caffarena.

RONDEL

¡Sonaba en la noche quieta
con su triste mandolina,
el Pierrot a la coqueta
e ingrata Colombina!
Cantó a la hora oportuna
sus amores de doncel,
en un galante rondel
que le inspirara la luna...
Se oye el «envío» que vuela
con dolorida expresión,
y se posa en el balcón
donde Colombina vela.
Vuelve linda Colombina
risueña con tu cariño,
adormida como un niño
al son de mi mandolina.
Beso y suspiro que hiere
y lastima el corazón,
presagio y lamentación
de un doliente miserere.
....
Sonaba en la noche quieta
con su triste mandolina,
el pierrot a la coqueta
e ingrata Colombina.

Torcuato Imonti.

HABLA UN FLACO

Estoy tan flaco yo, que me estremezco
cada vez que me miro en el espejo,
porque me veo como el fiel reflejo
de la muerte. ¡Dios mío, qué parezco!
No tengo más que huesos y pellejo;
y para colmo de fortuna crezco
de tal manera, mientras enflaquezco,
que de la tierra veo que me alejo.
Comparándome a mí con la figura
del inmortal Quijote enflaquecido,
se ha de notar en él cierta gordura...
Yo estoy espectralmente consumido;
yo soy la «encarnación» de la flacura.
¡Dios mío, a qué he quedado reducido!

A. Peréz.



Salón de humoristas



CONCURSO DE CHISTES

P B T pagará cinco pesos moneda nacional ***al chiste que, a juicio de la Dirección, resulte el más ingenioso de los que se publiquen en esta página.***

PREMIO DEL NUMERO ANTERIOR

De los insertos en el número anterior, ha sido premiado el que lleva por título *Franqueza*, por *José Beltrán.*

¡QUE ESTÓMAGO!

Hablando con un escritor, que en una jira por Europa ha sido obsequiado con numerosos banquetes, a los que no ha retribuído.

—¿Es verdad que no «devolvió» usted ninguna de las comidas que le dieron en Europa?

—Es cierto; me las soportó todas el estómago perfectamente.—*Hambriento.*

CASUALIDAD

Es esposo enfadado.—Tú has nacido para ser la esposa de un imbécil.

La esposa.—¡Lo que es el destino, no se ha equivocado!

PREVISOR

En una reunión, el dueño de casa ve entrar al sirviente con una bandeja con seis vasos llenos de bebida y tres vacíos.

—¿Para qué son esos vasos vacíos?—pregunta el señor.

—Son para las personas que no quieren beber, contesta el sirviente.—*K. T. Man.*

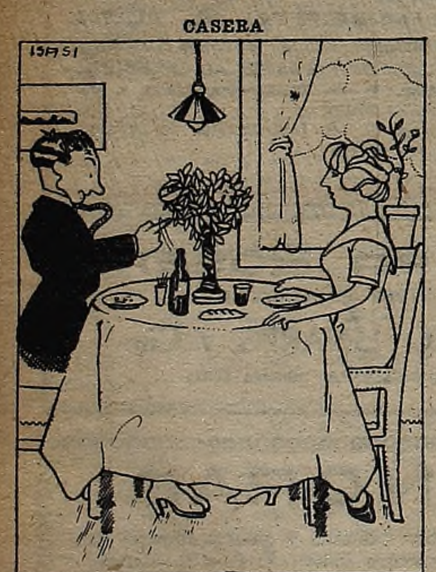
EN EL AFRICA

—Vengo a librarlo de sus penas.

—¡Gracias a Dios! ¿Quién es usted?

—El cocinero.—*A. P.*

CASERA



El.—¡Qué asco!... Me he encontrado un pelo tuyo en la comida.

Ella.—¡Ingrato! ¡Cómo has cambiado!... ¡Antes de casarnos siempre me estabas pidiendo pelo!—*Negrita.*

MAL ENTENDIDO

Médico.—¿Qué tal le ha ido con mi indicación? ¿Se acuerda que le recomendé la alimentación animal?

Paisano.—Sí, doctor; el afrecho lo comí regular... ¡Pero no puedo tragar el pasto!—*K. T. Man.*

HOMBRE PERDIDO

—Agente, me encuentro perdido; ¿sabe usted dónde vivo?

El agente.—Quizá... Dígame el nombre de la cocinera.—*C. Olmo.*

SIN IMPORTANCIA

—Cuidado, Luisa, que está metiendo la manga en la sopera.

—No importa señora, es la bata sucia.—*M. P.*

SASTRERIL



—Patrón, el caballero pregunta si esta ropa encoge.

—¿Le queda grande el traje?

—Sí, señor.

—Pues dile que sí.—*Chispita.*

BIEN CONTESTADO

El padre al hijo.—Ya me han dicho que llevas siempre a la escuela un panecillo.

—Es que cuando escribo me dice el maestro que haga punto y coma.—*Perla.*

COSA DE PIBE

—¿Por qué te has puesto la media al revés?

—Porque del otro lado tenía un agujero.—*Carlos.*

RAZONABLE

—No olvides que debemos perdonar a nuestros enemigos.

—Sí... cuando son más grandes que nosotros.—*Carlos.*

SEGUN DONDE LAS TOMAN

—Patrón, este pato huele mal...

—Oliéndolo por ahí, es muy natural.—*B. Aquino.*

ECLIPSE



Juan.—¿Qué se hizo de aquella chica que tú llamabas «luz de mis ojos?

Pedro.—Llegó otro y se interpuso entre mi persona y la luz, dejándome a obscuras.—*Copiapó.*

SIN TITULO

—Aquí me tienes hace un año y medio en el teatro de la guerra... yo que jamás me gasté un centavo en una platea.—*A. Lugo.*

ENTRE ADORADORES DEL REY BACO

—Yo me diferencio mucho de un camello.

—¿En qué?

—En que el camello trabaja ocho días sin beber y yo bebo ocho días sin trabajar.—*Ofelia Bay.*

RAZONABLE



—Présteme veinte pesos.

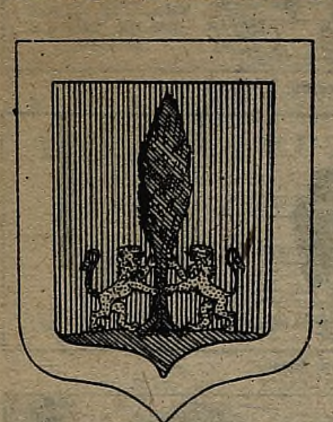
—Pero, señor; yo no tengo el honor de conocerlo.

—Precisamente me dirijo a usted porque los que me conocen no quieren hacerme ese favor.—*Mi vida.*

 LOS APELLIDOS Y SU ORIGEN 

CEBRIÁN. — Los de este apellido tienen su origen en las montañas de Aragón. En Ipas, pueblecillo distante unos cinco kilómetros de Jaca, tuvieron su casa solariega hasta el año 1780, en que quedó deshabitada.

Allá por el año 1490, era propietario de esta casa, Pedro Cebrián, quien, habiéndose ido a vivir en la villa de Ayerce, fué armado caballero y promovido al grado militar por el condestable Peralta, a quien el rey Juan III de Navarra había autorizado especialmente para conferir estas mercedes.

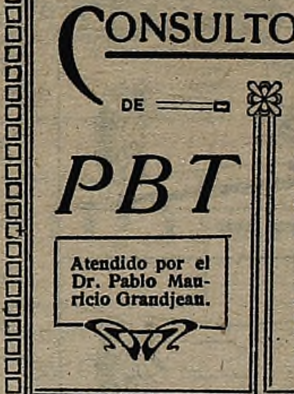


Los descendientes de Pedro Cebrián se establecieron más tarde en el lugar de Perales, continuando allí hasta los tiempos de Felipe IV, en que el entonces primogénito de la familia, Juan Cebrián, habiéndose consagrado a la vida monástica, entró en la Orden de la Merced, llegando a ser provincial de Aragón, maestro general de la Orden y por fin arzobispo de Zaragoza. Tan dignamente desempeñó este cargo, que el rey creyó oportuno nombrarle virrey de Aragón, en Agosto de 1658.

Del hermano de este ilustre varón y de los hijos que, aparte del primogénito, había tenido el primer descendiente del antes citado Pedro Cebrián, se derivan las tres ramas que en este linaje reconocen los genealogistas.

El primitivo escudo de los Cebrián es de gules, con un ciprés de sinople y dos leones de oro rampantes a él, y bordura de plata.

CAMPO. — Esta estirpe es una de las más antiguas e ilustres de España subsistiendo su solar primitivo en las montañas de Burgos, Valle de Carriedo, el cual es tronco de todas las demás ramas repartidas por España.



No falta a esta casa el requisito de la Ricahombría de sangre, dignidad equivalente en el día a la de Grande de España, que obtuvieron en el reinado de Alonso VI Ruiz López del Campo y Fernando Díaz del Campo, de quienes descienden los enlazados a la excelentísima casa de Velázco, marqueses de Berlanga, duques de Frías, condestables de Castilla, y en tiempo de Don Sancho III, el año 1203, Florencio Gutiérrez del Campo, que sirvió como general del ejército cristiano a don Enrique, de quien fué muy estimado.

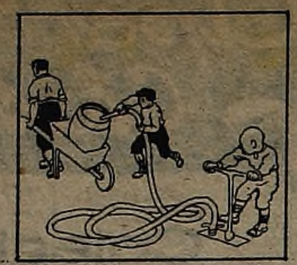
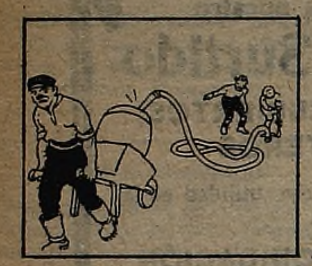
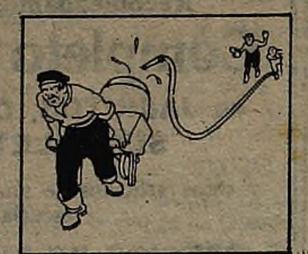
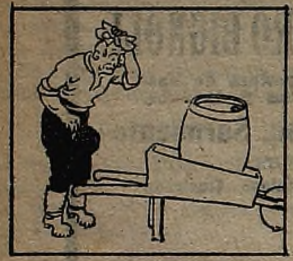
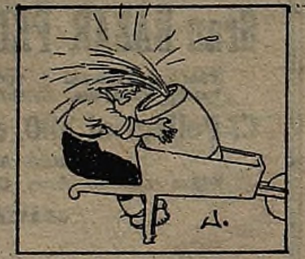
La casa troncal del Valle de Carriedo en las Montañas y otras partes, trae el escudo: campo de oro con tres fajas de veros de plata y azur, y otra de contraveros sin acento.

Los Campos procedentes de Bilbao tienen por armas:

Escudo cortinado: primero y segundo de Oro y un creciente de azur y tercero de gules y un león rampante de Oro.

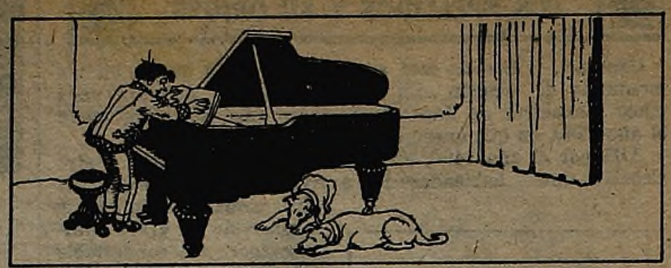


EL BARRIL EMBRUJADO

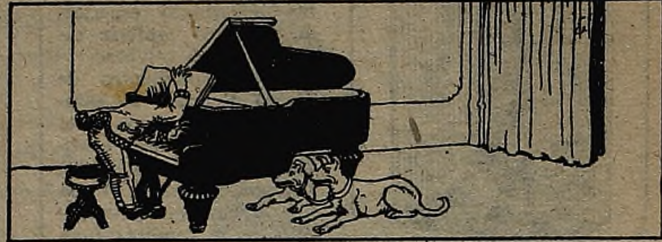







Historieta muda.

FANTASIA



Introducción.



Allegro con fuoco.

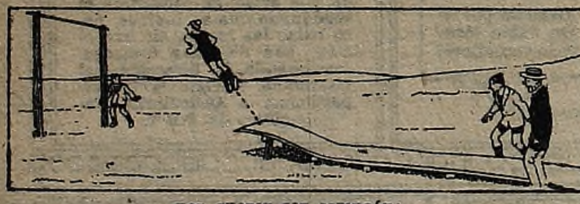


Fuga.

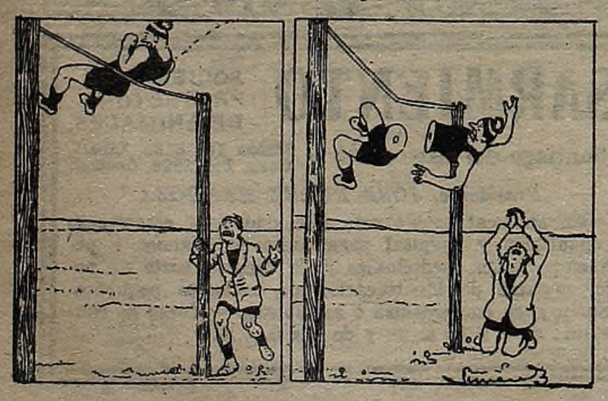
LOS DEPORTES



Ved qué le ocurrió a este mozo



por querer ser campeón:



quedó partido en dos trozos, como se parte el jabón.

CIENCIAS EXACTAS



Una vez unos excursionistas lograron escalar un picacho elevadísimo...



...y para celebrarlo se zamparon varias docenas de ostras.



Y sucedió que mientras ellos bajaban por un lado, por el otro subía el sabio geólogo Mr. Melhon.



—¡Oh, alegría! ¡Conchas, moluscos! Ya tengo la prueba evidente de que el mar pasaba antiguamente por encima de esta roca.

ENTRETENIMIENTOS

Logogrifo numérico

1 2 3 4 5 6 7 — Vestidura.
3 4 3 2 5 3 — Nombre femenino.
3 6 7 2 3 — Nombre femenino.
4 5 6 7 — Tiempo verbal.
2 5 7 — Tiempo verbal.
5 6 — Tiempo verbal.
1 — Cifra romana.
2 — Cifra romana.
6 5 — Tiempo verbal.
1 3 7 — Tiempo verbal.
2 5 4 3 — Utensilio.
1 2 5 4 3 — De la atmósfera.
4 7 6 5 6 3 — Capacidad.
3 2 4 5 2 2 3 — Prenda de vestir.

Comprimido

LI DE NO CÁUSA

Charadas raras

1.ª 100 o.
2.ª 51.
3.ª Po.
Todo: En medicina.

1.ª Nota.
2.ª Nota.
3.ª Adverbio.
Todo: Nombre.

Cantar jeroglífico

50 Constelación 50 Carta Preposición 50 Color Mediterráneo En religión 50 EG En Galicia R Pintura tan Q AN Nombre de varón D s Tiempo verbal Preposición + En favor N Tiempo verbal DDD Se vende una casa de seis piezas, jardín, etc., en cien pesos. N

Tarjetas

Benito T. Vance
JAEN.

Ana Q. Dudieru
ROMA.

Dos célebres escritores contemporáneos.

SOLUCIONES A LOS ENTRETENIMIENTOS DEL N.° 691.

A la Combinación histórica:
TRAJANO — CALIGULA — NERON — VESPASIANO.

A los Comprimidos:
ANTEOJOS — PRECIOSO.

A las Charadas:
PAPALINA — MARAGATO — PELUCAS.

Solucionistas

Jaime Vergel, María Ester Nóbile, La Ñata, Juan José Imasi, Eulalio Cárdenas, Jacinto Morandé, Antenor Correa, Fernando Oliva, Miguel Aznar, Valentín Bollini, Ernesto Hackel, Guillermo Benvenuto, Moisés Abranski, Lidia Maurello, Rosita González, Pablo Cervera, León Tardieu, Vicente Molinari, Antonio Planes, etc., etc.

TEATROS DE LA COMEDIA, MAYO, AVENIDA Y BUENOS AIRES.

Por acuerdo de las empresas de estos teatros, obsequiaremos con un palco sin entradas a los primeros 224 lectores de P B T que reconstituyan la frase:

El libro es el mejor amigo del hombre

con palabras tomadas de los avisos de este número, indicando la página en que cada palabra aparece, o solucionen acertadamente cualquiera de los entretenimientos contenidos en esta página.

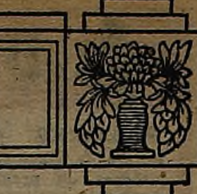
Para optar al premio de los palcos, es necesario acompañar esta hoja entera con la nota de las soluciones y remitirla antes del 1.° de marzo; también debe unirse una estampilla de cinco centavos para el envío del vale por correo.

Los sobres deben venir dirigidos al señor "Redactor encargado de la sección Entretenimientos".

Los vales de palco sirven para una función durante la temporada.



EL MESÓN TRÁGICO



ESCENAS DE LA VIDA RUSA

(Continuación)

—Ya lo verás más tarde. Ahora, para celebrar esta alegría, habría que... ya lo sabes...

—No, gracias, Ephrem; hay bastante con esto... Adiós.

Y Akim se fué sin volverse.

—¿Conque hay bastante?... —replicó el sacristán pasmado—. ¡Y yo que había dado mi cabeza en prenda! Nunca lo hubiese creído... ¡Bah!

Acordóse entonces de que se había dejado en el mesón su bote y su cuchillo. Naum hizo que se los devolvieran; pero no pensó en ofrecerle ni un trago siquiera. Ephrem, despechado y en su claro juicio, se volvió a su casa.

—¿Qué? —le preguntó su mujer. —¿Le has encontrado?

—¡Que si le he encontrado!, necia mujer. Sí, ya le encontré. Toma, he aquí tus trastos.

—¿Era Akim quien se los había llevado? — replicó ella.

Ephrem no hizo más que una señal con la cabeza.

—He aquí un hombre poco galante. Estaba en vísperas de pudrirse en una prisión; he rogado en su favor por todos los santos del cielo. ¡Pues no me ha convidado ni a una copa!... Usted Uliana Fedorovna, muéstreme un poco de consideración; deme usted unas gotas.

Pero Uliana no le mostró la menor consideración y le echó hacia la iglesia.

XIV

Entretanto, Akim siguió con paso lento el camino que conducía a su aldea. No podía volver en sí; un temblor interior le agitaba como un hombre que acaba de escapar a una muerte cierta. Apenas podía creer en su libertad. Con una admiración estúpida miraba los campos, el cielo, las alondras que se elevaban en el aire radioso. La víspera no había pegado ojo en casa del sacristán, aunque había pasado inmóvil todo el tiempo. En vano había intentado adormecer en la borrachera de aguardiente el dolor insoportable de la ofensa recibida y las angustias del despecho impotente. El aguardiente no había podido vencerle; su corazón se había henchido de cólera; entonces fraguó los proyectos de odio, pero no pensaba más que en Naum. Su mujer no acudía a su pensamiento. Por la noche esta sed de venganza se volvió verdadera rabia. Entonces fué cuando él, hombre débil y bueno, salió fuego en mano para destruir su antigua vivienda. Se le había tomado encerrado; había pasado la noche ¿Qué pensamientos le asaltaron durante aquella noche cruel? Y, sin embargo, a la madrugada, antes de la venida de Ephrem y de Naum, sintió como un alivio.

—Todo está perdido — se dijo, — el viento se lo llevó todo.

Y resueltamente hizo abandono de sí mismo. La acción criminal que había intentado había quebrantado su alma hasta en sus últimas profundidades, y el fracaso no le había dejado, en vez de despecho, más que una gran fatiga y un profundo disgusto. Arrancó de su corazón todo sentimiento terrestre y se puso a rezar amargamente, pero con fervor. Al pronto había rezado en voz baja, pero había acabado por decir muy alto:

—¡Oh, Salvador mío!

Y las lágrimas habían corrido. Lloró mucho tiempo y acabó por calmarse. Sus sentimientos habrían cambiado seguramente si hubiese sido castigado por la tentativa abortada; porque estaba precisamente en el límite fatal, entre la resignación y la esperanza; pero de pronto se le devolvió la libertad y se fué, dispuesto a volverse con su mujer, medio muerto, pero tranquilo.

La casa señorial estaba a una versta y media de su aldea; llegado al desvío de los caminos que conducían a la una y otra, vaciló un instante y decidió ir a ver a su viejo tío.

La pequeña y ya vieja *isbá* de Akim se encontraba al otro lado de la aldea. Siguió toda la calle sin encontrar un alma; todo el mundo estaba en la iglesia. Sólo una vieja aldeana enferma abrió la ventana para mirarle pasar, y una chiquilla que había salido con un cubo vacío para sacar agua del pozo le acompañó también con la mirada. El primer hombre a quien percibió fué precisamente a su tío. El viejo había pasado toda la mañana en el banco, bajo la ventana, calentándose al sol y tomando algunos pellizcos de tabaco. No sintiéndose bien, estaba dispensando de ir a la iglesia, y acababa de levantarse del banco para ir a visitar a un viejo vecino suyo, enfermo también como él, cuando se encontró a Akim. Se detuvo, le dejó acercarse, y después de haber lanzado sobre sus facciones pálidas una atenta mirada, le dijo:

—Buen día, Akimuchka.

—Buen día — respondió Akim, que, sin levantar la vista, le precedió hasta el patio de su casa.

Percibió sus caballos, sus vacas, su *telega*, sus gallinas también. Entró en el *isbá* sin decir palabra. El viejo le había seguido. Akim se sentó en un banco y apoyó su cabeza en sus puños. Su tío la miraba con ojos de piedad, adosado a la puerta.

—¿Dónde está la mujer? — dijo al fin Akim.

—En la casa del señor — se apresuró — a responder el viejo. — Aquí se ha colocado el bestiaje y las arcas; pero ella, está allá. ¿Quieres que vaya a buscarla?

Akim se calló unos instantes.

—Ve — dijo. — ¡Ah, tío! — añadió con un profundo suspiro, mientras el viejo descolgaba su gorro de un clavo, — ¿te acuerdas lo que me dijiste la víspera de mi boda?

—Todo se ha hecho por la voluntad de Dios, Akim.

—Acuérdate. Me dijiste entonces que yo no era ya vuestro igual, igual que vosotros los aldeanos; y he aquí cómo han venido tiempos en que estoy desnudo como un gusano.

—No siempre se puede prever lo que hará la gente mala — replicó el viejo; — pero si alguien pudiese dar una buena lección a ese hombre sin conciencia o si hubiese una ley para nosotros... Pero así, ¿qué ha de temer él? Es un lobo y sabe morder como lobo. — Y el viejo se encasquetó el gorro para irse.

Advotia volvía de la iglesia cuando se le dijo que el tío de su marido la llamaba. Hasta entonces había ella visto a aquel tío muy contadas veces; él no iba nunca a visitarles; pasaba por hombre extraño que no gustaba más que de tomar su rapé y callarse. Así se llamaba *Hablapoco*. Advotia se apresuró a acercársele.

—¿Qué quieres, Petrovitch? ¿Ha ocurrido algo?

—Nada. Tu marido te llama.

—¿Está de vuelta?

—Sí.

—¿Dónde está?

—En la aldea, en el *isbá*.

Advotia sintió un escalofrío de miedo.

—Escucha, Petrovitch — dijo mirándole fijamente a los ojos. — ¿Es que está enfadado?

—Yo no he visto que esté enfadado.

Advotia bajó la cabeza.

—Vamos, pues.

Se echó a la cabeza el pañuelo y partieron. Caminaron en silencio hasta la aldea. Cuando se aproximaron al *isbá*, Advotia sintió un nuevo acceso de espanto, tan fuerte, que sus piernas se le doblaban.

—¡Oh, padre Petrovitch — dijo con voz temblorosa, — entra primero! Dile que he venido por orden suya.

Petrovitch entró en el *isbá*. Encontró a Akim en el mismo sitio y en la misma situación que lo había dejado.

—¿Qué? — dijo él, — ¿no ha venido ella?

—Ha venido ella.

—¿Dónde, pues, está?

—Ahí, ante la puerta. Tiene miedo.

—Envíamela.

El viejo salió, hizo a Advotia una seña con la mano y se volvió a su banco. Advotia abrió la puerta temblando, atravesó el umbral y se detuvo.

Akim la miró.

(Terminará)

EL MILAGRO BELGA

En la historia de los hombres queda inscripto como acto extraño y magnífico, el de la pequeña nación que ha sabido, para salvar su honor, entregarse al sacrificio, a la ruina y tal vez hasta al aniquilamiento. Bélgica junto a Alemania era como un pigmeo frente a un gigante. Es más, el pigmeo no estaba apercibido. Confiado hasta el extremo en la honradez internacional, jamás tuvo tiempo ni siquiera de reunir sus fuerzas. En cambio, el gigante desde hacía mucho tiempo se venía preparando para exterminar a cuanta nación le ofreciese resistencia. A pesar de que la lucha desde un momento apareció desigual y desesperada, Bélgica supo aceptarla valientemente, con voluntad unánime. Jamás se mostró vacilante, ni se acercó a las naciones mayores sus vecinas y protectoras naturales, inquiriendo cuál habría de ser la recompensa por su concurso. Y éste fué total, espontáneo y desinteresado, porque era un deber.

Este espectáculo de un pueblo entero precipitándose en la hornaza de la guerra y desafiando intrépido y entusiasta los peligros más espantosos, únicamente por respeto a una ley moral, ha sido considerado como un milagro, como un acto altamente heroico, por encima de todos los egoísmos de la humanidad.

Sin embargo, a mi parecer, el milagro belga no consistió en eso. La decisión del 4 de Agosto de 1914 es simplemente un acto de honradez colectiva. Decisión sobrepasada por los acontecimientos que la siguieron. El milagro belga consiste en la prolongada e inquebrantable resistencia que el pueblo viene ofreciendo desde hace tres años. A cualquier hombre o nación puede acontecerle que sufra unos instantes de fiebre y de generosa exaltación, y más de un caso se ha dado en la historia en que uno solo de esos instantes haga de un individuo un héroe o un santo. Pero persistir en el esfuerzo, ser heroico, no ya en los momentos de una ocasión excepcional, sino de una manera constante, perdurar en el esplendor moral, supera a todo lo imaginable.

EN TERRITORIO BELGA

Una trinchera de primera línea.

Es ese, con todo el ejemplo prodigioso de perseverancia y de tenacidad que Bélgica nos ha dado, que nos seguirá dando hasta que la guerra termine. La lección que de ello se desprende es altamente tónica y reconfortante, pues ¿quién de los que sufren osaría quejarse al comparar los suyos con tales sufrimientos, qué cobardía osaría confesarse frente a un valor semejante?

Muy a menudo he encontrado en Inglaterra, en Francia, en Suiza o en Italia, belgas que me hicieron sus confidencias. Así he adivinado muchos abismos de tristeza y de amarguras. ¡Cuántas gentes huyendo de la invasión, renunciando a sus seres queridos, arruinadas por la guerra, inciertas del porvenir, torturadas por la miseria, el enfado y la inquietud! Todas sus desdichas provenían de la fatal decisión del 4 de Agosto de 1914. Pues bien, jamás, aun en sus momentos desesperados, jamás he oído ni el menor lamento o desaprobación. Nunca, ninguno de nuestros desterrados me ha dicho: «Más habría valido dejarlos pasar», ¡nunca!

Más de tres años de infortunio no han podido obscurecer la clara visión de la necesidad moral en los belgas del exterior. Por lo que hace a los belgas del interior, los que permanecen en la prisión no se han mostrado menos obstinados en negarse a reconocer la ley del conquistador.

Entre las figuras que pudiéramos considerar como el símbolo de esta energía renuente a abdicar, Max, el burgomaestre de Bruselas, deportado a Alemania y recluído en un calabozo sin más formalidades de ley, ha inspirado, con su noble conducta, a todos los magistrados comunales. Théodor, el decano de los abogados de Bruselas, deportado también, personifica el espíritu que anima al Foro belga entero. Los nombres de los diputados Verhaegen (católico), De Bunne (socialista), Boel (liberal) entre otros, igualmente deportados, no tienden sino a afirmar que los mandatarios políticos, sin distinción de partido, se han erguido contra el invasor. Por último, es fácil adivinar la actitud del clero por los admirables discursos del cardenal Mercier, arzobispo de Malinas y primado de Bélgica. Mas éstas son personalidades de una notoriedad sumamente particular. La prensa se ha encargado de darlas a conocer. Pudiera creerse, acaso, que su eminente situación les ha obligado a profesar virtudes excepcionales. No hay tal cosa. Los humildes, los que forman esa multitud anónima cuyas hazañas no han sido todavía pregonadas por revista alguna, no les van en zaga.

Hay un dato que bastaría a indicar el rigor de la invasión alemana y la inflexible resistencia del pueblo belga; lo tomo de una revista jurídica alemana: el de las sentencias pronunciadas por los tribunales militares alemanes en un solo año: pasan de ciento tres mil, y un número considerable de entre ellas son a muerte o a trabajos forzados. Los obreros, especialmente los ferroviarios, los de correos y telégrafos, minas de carbón, fundiciones, etc., a pesar de la miseria y las amenazas, y no obstante la promesa de salarios envidiables, se han negado de una manera rotunda a prestar el concurso que el enemigo les exigía. Se sabe además que para castigar tal resistencia, los alemanes, contra lo dispuesto en las Convenciones de La Haya y los principios más elementales del derecho de gentes los han deportado a la fuerza, en número de cerca de 500.000, y obligándoles a trabajar contra los aliados.

Entre los rasgos más dignos de atención de esta resistencia obrera, conviene citar las declaraciones hechas por obreros socialistas oponiéndose a toda reanudación de relaciones con los socialistas alemanes, y su mensaje a los socialistas neutrales que habían propuesto examinar las condiciones posibles de paz. «Harto hemos sufrido ya, y tendremos aún que sufrir»,— repiten — «pero no queremos que se invoquen nuestros sufrimientos como pretexto para facilitar una paz que no sería conforme al derecho, ni nos devolvería la libertad.»

Palabras viriles que son como el eco de las de un gran antepasado, Maruix de Ste. Aldegonde: «No hay necesidad de esperar para acometer, ni de triunfar para perseverar.» Esta frase pudiera servir de regla de conducta a todos aquellos que, en lo íntimo de su conciencia, se hallan persuadidos de que sirven a un ideal superior.

Vivir así, por una idea, rodeado de peligros, de privaciones y de torturas, conocer el hambre, la prisión y el destierro, y no ceder. Vivir así semanas enteras, meses, años, y no ceder; tal es el milagro belga.

DESTREE.

LOS PROGRESOS DE NUESTRA PRENSA DEPORTIVA. — REVISTAS, SUPLEMENTO Y TABLAS MATEMATICAS DE «LA FIJA».

Los aficionados al deporte hípico saben por dolorosa experiencia cuán difícil es pronosticar el ganador de una carrera. Aparte de las tretas y de los procedimientos poco decorosos con que se engaña más de una vez a los cronistas para desorientar su información, se oponen a su acierto numerosas contingencias como las bruscas variaciones del estado de los caballos, de la elasticidad de la pista, de la dirección de los vientos, de la presión de la atmósfera, de las distancias, de los pesos y de las montas, variaciones que, aun conocidas a tiempo, no se pueden computar como factores de valor definido con precisión, porque influyen de distinta manera en la actuación de cada caballo, según el estado diferente con que se presenta cada día. Y si, además, se tiene en cuenta que en el mismo desarrollo de una carrera sobreabundan los motivos de la defección de los caballos como la largada desfavorable, la mala colocación, el rozamiento, la rodada, el cálculo erróneo del jockey que no conoce las mañas del caballo, etc., será forzoso reconocer el alto grado de perfección alcanzado por la prensa sportiva que pronostica, venciendo las dificultades mencionadas y otras muchas a costa de esfuerzos indescriptibles de previa indagación, dos, tres o cuatro ganadores, como promedio, en cada día de carreras.



Parte del personal de «La Fija» en la tribuna de los profesionales del hipódromo. De derecha a izquierda: señores Felipe Gialdino, Carlos Quaglino, Domingo Alauzis, Alfredo Jorge, Francisco Masoni y Romeo Meneta.

Vamos, pues, a dedicar algunas crónicas al desarrollo y al progreso de la prensa deportiva, principiando por *La Fija*, que se ha puesto de actualidad en estos días con una notable producción.



Señor Ives Quagliano, director de «La Fija».

Fundada *La Fija* en junio de 1908 por una agencia inglesa de publicidad, fué, en sus principios, una hoja más comercial que sportiva. Su información sobre carreras consistía en la publicación del programa y del cuadro de los pronósticos de la prensa. Adquirida poco tiempo después por su actual propietario y administrador, don Carlos Quaglino, que la dedicó a la información exclusiva del deporte hípico, cambió de formato, principió a conquistar autoridad, se afianzó en su evolución y llegó a ser pronto la revista sportiva más difundida del país.

Hace cinco años, se hizo cargo de la dirección de *La Fija* el activo e inteligente joven don Ives Quaglino, secundado por los señores Felipe Gialdino, Domingo Alauzis, Francisco Di Palma, José Zavala, José L. Aznárez, dos colaboradores que se ocultan tras un seudónimo y algún personal más ocupado en la sección estadística. Con este elemento, uniformado por la consigna de la corrección y de la honestidad en las informaciones, *La Fija* alcanzó un gran prestigio y es consultada con fe por todos los profesionales y aficionados del turf, cualquiera que sea la revista o el diario de carreras que adquiera y siga generalmente, además.

Aunque los jugadores inteligentes, que no caen en la calamitosa costumbre de atender datos o confiar en las cábalas, tienen, en la prensa seria, indicaciones precisas, calcadas en el estudio racional de las carreras sobre los candidatos lógicos, estudian y buscan por sí mismos los probables ganadores de cada premio. Hasta hace año y medio, estos jugadores necesitaban llevar por sí mismos un registro de las perfomances y de las principales observaciones que correspondía tener en cuenta a la nueva presentación de los caballos. El tal registro les ocasionaba una labor de tres o cuatro horas por reunión y resultaba incompleto, como es natural, porque requiere la intervención de varios observadores que no pueden ser suplidos por una persona sola. Pero desde hace año y medio, *La Fija* publica en suplemento el registro que tanto trabajo costaba y más completo de lo que pudo imaginarse. No falta en él una sola de las indicaciones que el calculista puede necesitar. Y el *Suplemento* llenó, por eso, una necesidad tan sentida, que desde su aparición se vocea en la capital a la par de cualquier revista o diario de la tarde, se adquiere en mayor cantidad que la misma revista matriz, cuya tirada excede en más del doble, y principia a ser difundido por el interior del país y por el Uruguay.

A los que prefieren con razón, seguir la lógica en las carreras y encontrar los candidatos por propia deducción, provistos ya del mejor de los registros posibles, en el *Suplemento de La Fija*, y dada la completa información de la prensa turfista seria, sólo les faltaba — y seguramente no esperaban que se los darían hechos— los cálculos engorrosos del valor de las perfomances de una carrera, de la relación de las distintas distancias respecto de una perfomance dada, de la significación de la ventaja de «un cuerpo» y del aumento o descargo de «un kilo», de la influencia de las variaciones del estado de la pista y de la concurrencia del viento favorable o contrario.

Pues bien; estos cálculos que los amantes de la lógica necesitaban practicar por sí mismos con enorme pérdida de tiempo y exponiéndose a las fatales consecuencias que comporta la prisa o la imprecisión de los factores indebidamente agrupados, aparecen resumidos, como resultados concretos de una labor de ocho meses del director de *La Fija* y del paciente calculista don José L. Aznárez, en las *Tablas matemáticas de La Fija*, que acaban de aparecer.

Con la aplicación de estas tablas, el estudioso de las performances, que calcula y busca por lógica deducción la chance de los caballos hasta determinar sus propios candidatos, se ahorrará mucho trabajo y mucho tiempo. Y si, por procedimientos menos técnicos, descubrió con frecuencia el ganador de alto sport que buscaba, ha de encontrarlo con mayor facilidad aplicando las tablas, lo que basta para hacerlas interesantes, ya que ningún carrerista inteligente abrigará la pretensión de que ellas le indiquen todos los ganadores, porque conoce las dificultades, superiores a todo cálculo, que hemos mencionado al principio.

WAMBA.



El ministro del Brasil, doctor A. Peçanha, en la Sociedad Rural, entre dos hermosos ejemplares de creación argentina.

ANGUSTIAS...

(Del libro «Con toda mi alma», próximo a aparecer)

Estoy afligido, no sé lo que tengo,
yo llevo una pena muy grande en el alma,
hace tiempo sufro el dolor amargo
de una angustia vieja, de una angustia amarga...

Y es que yo he nacido con la cruz maldita
de afectos profundos que me cuestan lágrimas
para mí la vida, mientras vida sea,
me traerá inquietudes, me traerá nostalgias.

Yo he nacido triste, con los ojos tristes,
y aunque muchas veces ríe mi mirada,
mi melancolía vive en el letargo
de una vida errante que jamás se acaba.

Estoy afligido del pasar infame
yo quiero un consuelo para mi desgracia...
Mi vida es la triste que ninguno sabe
y mi vida triste, sin embargo, ¡canta!

ROMÁNTICAS...

Con preciosos relieves de amatista
fueron tus labios fuentes de rencores.
Y al beber tan ingratos amargores
ebrio quedó mi corazón de artista.

Coqueta como toda modernista
tuviste fantasía en tus amores,
y soñaste un cortejo de cantores
que brindaba en honor a tu conquista.

Te enfermaron románticas gardenias,
y fueron tus quimeras neurastenias
como todos los sueños juveniles.

Y acaso para siempre ha fracasado
el Boulevard de tu París soñado
flotando sobre un tul de ansias pueriles.

FELIPE H. FERNANDEZ.



COMPLETAMENTE GRATIS PARA LOS FUMADORES DE CIGARRILLOS

IDEALES

Los fabricantes de los cigarrillos Ideales, con el fin de obsequiar a sus favorecedores, han adquirido 40.000 colecciones, compuesta cada una de 8 correctos y detallados mapas en colores, de los diferentes frentes de la Guerra Europea. Son del tamaño de una tarjeta postal y muy cómodos para llevar en el bolsillo.

USTED PUEDE CONSEGUIR UNA COLECCIÓN

Formulando su pedido por carta, ya que personalmente no se atenderán pedidos, detallando en el mismo, claramente, su nombre y dirección y a vuelta de correo le será remitida una colección de dichos mapas, gratuitamente y porte pago.

Dirija su pedido a: CALLAO, 297. — Capital Federal.

NOTA.—Una vez agotado el número de colecciones adquiridas, por fabricantes de los cigarrillos Ideales no podrán satisfacer los pedidos que, por haber llegado tarde, no puedan ser cumplimentados.

DIRECTOR:
SIDNEY A. SMITH

PBT

ADMINISTRACIÓN Y REDACCIÓN:
AV. JULIO A. ROCA, 531

Año XV. Buenos Aires, 27 de febrero de 1918 N.º 692.



COSAS DE LA VIDA

El empleado público a la esposa.—Hasta fines de marzo no hay caso de cobrar febrero. ¡Pobre micifuz! Anda y prepáralo como si fuera una liebre.



CANCIONES DE MI CASA

LOS SAUCES GUARDIANES

Enormes, taciturnos, se levantan
en la calma armoniosa de mi huerta,
pasan el cerco sus copiosas ramas
y cubren totalmente la vereda.

¡Oh, pensativos sauces de mi casa,
que sois como amorosos centinelas
de nuestra beatitud, nunca turbada
como una noche azul de Primavera!
Con vuestras luengas ramas taciturnas,
¡oh, viejos sauces de la casa nuestra!,
parece que anhelarais dulcemente
cantar la bienvenida a los que llegan
buscando una emoción entre nosotros,
o una taza de paz para beberla,
una impresión de amor para cantarla
o el rato familiar junto a la mesa.

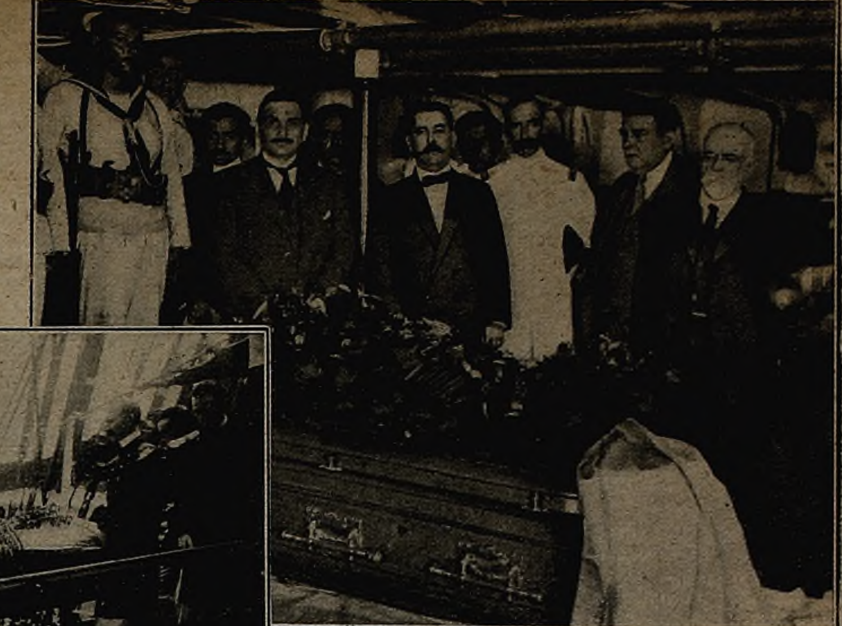
¡Oh, taciturnos sauces de mi casa,
que cubrís totalmente la vereda,
parece que gustarais de mis rimas
como yo gusto de la sombra vuestra,
ya en la alta noche de obsecante luna,
o en las cálidas horas veraniegas,
cuando en amable grupo con los míos,
— con voz que la emoción me torna trémula —
evoco al dulce poeta favorito,
mientras la tarde, con el sol, se aleja!

A veces, cuando estoy un poco triste,
¡oh, viejos sauces de la casa nuestra!
me asaltan de improviso las palabras
del poeta francés, y lloro en ellas.
(Comúnmente estas cosas se me ocurren
bajo algunos crepúsculos violetas
¡sauces enormes, taciturnos sauces
que dais la bienvenida a los que llegan!

ALFREDO R. BUFANO

Dib. de Soldati.

REPATRIACIÓN DE LOS RESTOS DE MONTEAGUDO



Los restos del prócer en la cámara de la Sarmiento.

Ya descansan en tierra argentina los restos de uno de nuestros grandes.

La «Sarmiento», que los recogió en el Perú, los trajo como una reliquia gloriosa y el pueblo de la capital supo recibirlos, tributándoles un patriótico homenaje.

Bernardo de Monteagudo, como muchos de los improvisados militares de nuestros tiempos heroicos, fué un doble luchador que, al mismo tiempo que abría paso a la libertad americana con el filo de su espada, sembraba ideas con su pluma de periodista. Y era la suya una pluma bien templada, infatigable y fuerte, a la que mucho le debe la independencia de las repúblicas hermanas de este continente.

Conduciendo el féretro a tierra.

A propósito de la nacionalidad de Monteagudo, es un hecho ya indiscutible que nació en tierra argentina. Sin embargo, algunos escritores perú-bolivianos que, en unión de

El presidente de la república y otros personajes en la ceremonia.



Después del desembarco.



En marcha a la Recoleta.

otros centros americanos se encuentran empeñados en echar sombras sobre nuestra historia para alumbrar la suya y glorificar a Bolívar, han sostenido que el apóstol revolucionario nació en Chuquisaca. Pero según se desprende de irrefutables probanzas, la cuna de Monteagudo fué Tucumán, y así lo hace constar el doctor Martiniano Leguizamón en un folleto de reciente publicidad, que titula «La patria de Monteagudo».

Es pues, indiscutiblemente, una figura nacional, cuyo nombre está inscripto en los anales gloriosos de la patria, ésta cuyas cenizas ha reclamado el patriotismo. De la elocuencia del homenaje tributado a la memoria del héroe, informan las fotografías que ilustran estas páginas, pues tanto el pueblo como las autoridades nacionales, encabezadas por el señor Presidente de la República, concurrieron, con franca espontaneidad, a acompañar esas cenizas veneradas hasta el sepulcro donde descansarán en adelante en el suelo patrio de la ciudad de Mayo.

Durante los discursos.

Era éste un deber que ha quedado cumplido: un deber de gratitud nacional, de justicia póstuma, porque repatriar los restos de los heroes, trayéndolos a descansar en la tierra donde nacieron, es acaso dar satisfacción a un anhelo que tal vez en sus pechos se haya engendrado, mientras con la nostalgia en el pecho ofrecían su sangre a la libertad de otros pueblos.

Una nieta del prócer con otras damas de una asociación patriótica femenina.

Placa colocada en la tumba que guarda los restos del héroe.

Conduciendo el ataúd al sepulcro.

EL BAILE DEL CÍRCULO DE LA PRENSA.



Público que asistió al baile celebrado en el teatro Coliseo a beneficio del Círculo de la Prensa, el 15 del corriente.

Un grupo de girls.

Un palco de artistas españoles.

Un cuadro de la época de Rozas, que llamó la atención.

Otro palco de artistas.

Durante la cena que se sirvió en el local del Círculo de la Prensa después del baile.

LA DESPEDIDA DE MOMO EN EL TIGRE



Algunas bellezas bajo el antifaz.



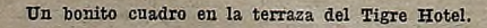
Descansando lejos del baile.



Un interesante grupo de mascaritas.



Un bonito cuadro en la terraza del Tigre Hotel.





Tomando el fresco sin descubrir el incógnito.



Murga «Los rivales del machete», que metió bochinche por los barrios de la Boca.

Haciéndole gracias al fotógrafo.



Dos que se divirtieron una barbaridad.

«Los sin ombligo», otra de las sociedades carnavalescas atacada de filarmonía murguista.

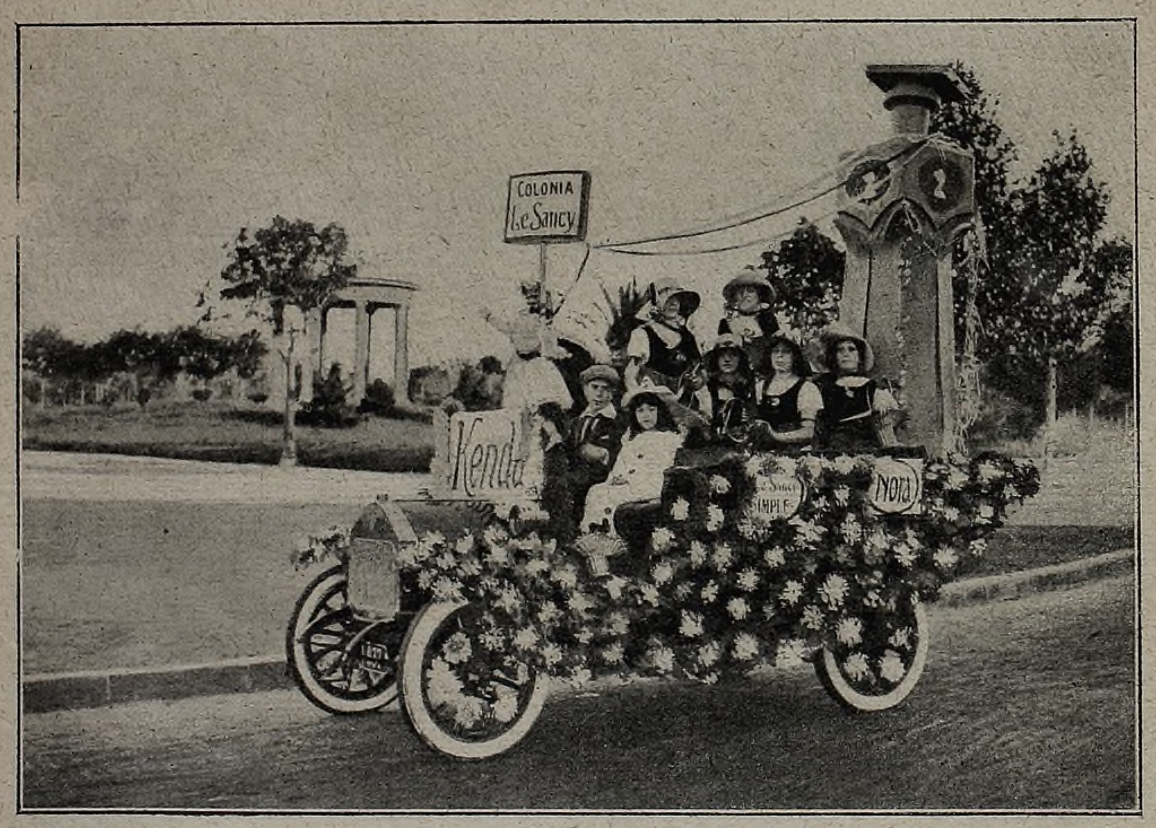


«¿Cómo le va?», sociedad acrobático-carnavalesca.

ECOS DEL CARNAVAL



Palco que llamó la atención en los bailes del teatro de la Opera, por estar ocupado por señoritas que, provistas de elegantes pulverizadores, perfumaban a las parejas con las exquisitas aguas de Colonia «Le Sancy», «Nora» «Kendal» y «Duc».



Vistoso automóvil a cuyo paso iban quedando en el ambiente fragancias de flores, y que recorrió los corsos de Belgrano, Flores y Avenida de Mayo, haciéndose notar también en las calles centrales de la capital y en las avenidas de Palermo.

DE MAR DEL PLATA

Señorita Consuelo López García.

Señorita de Aniza Paz y señor Bareto.

Señoritas de Udaondo y Mac Donald.

Señor Palmer y señoritas de Palmer y Dickinson.

En el golf, esperando turno.



Las tres gracias.



Señorita de Madero, señor Alzaga, señorita de Bary, señor Ocampo, señorita de Cranwell, señor Chevalier, señorita de Bosch.

DE LOS ANALES DE LA INJUSTICIA

EL BOHEMIO

El negro Rodríguez, como le decíamos con cariño los que con él compartíamos la tarea diaria del aula, era un muchacho muy estudioso... Alto, de tez morena y ojos negros; un bozo que prometía tupido bigote, sombreaba su labio fino. Tenía la característica de los hombres de talento: su inteligencia se resistía a someterse a los métodos, muchas veces sin base, de los establecimientos educacionales; sistemas que aun no han evolucionado y cortan por completo las aptitudes del alumno que se ve subyugado y reducido a un equívoco predominio.

Muchas veces, mientras cursaba el bachillerato, le he visto en la sala del jefe, recluído, esperando la orden de suspensión como reo que aguarda la sentencia. Pero él sonreía; jamás mostraba en su rostro la dureza del enfado o la gesticulación del fatuo.

—Y... ¿qué te pasa, Rodríguez?...

—Aquí me tienes, hermano... Protesté porque vi una cosa injusta; el celador me reprendió, traté de demostrarle el error que abrigaba y me mandó aquí... ¡Estoy esperando mi condena!

Y en verdad, Rodríguez no era barullero, no anarquizaba a sus compañeros, pero alzaba siempre su voz para reprochar el error y clamaba justicia. No se supo someter a las disposiciones que imponen el silencio, dentro de las instituciones educacionales.

*

Cierto día, cuando cursábamos el último año, un núcleo de condiscípulos habíamos convenido no asistir a la clase de historia. Era esto una pequeña huelga que tenía por objeto realizar una acción de protesta contra las incorrecciones del profesor de la materia, hombre ceñudo y enérgico, que abogando por la táctica anticuada de la imposición, quería hacer de los jóvenes alumnos una reunión de entes a él subordinados y obligados a soportar las notas bajas y los injustos aplazamientos, hijos todos de su desmedida pedantería y de su imperativo inapelable.

Eran las ocho y quince en el reloj de la escuela, y nadie había concurrido al aula. El profesor de historia, sentado en su pupitre, miraba con mirada fiera los bancos vacíos y movía su bigote blanquizco, haciendo una mueca extraña que, al decir de él, semejaba al gesto de Richelieu. Yo nunca pude hallarle el parecido...

En verdad que el complot no pudo dar mejor resultado. El «falso Richelieu» había comprendido de lo que se trataba, y tomando su bastón y encajándose el sombrero duro, abandonó el recinto por la galería estrecha de las clases y escaleras abajo fué a la oficina del rector.

Una queja formidable—queja que tenía toda la herejía de su despótico sentir—predispuso el ánimo del director de aquel gran colegio, hombre que con facilidad dejábase sugestionar.

Al día siguiente, cuando retornábamos al aula, convencidos del éxito de la protesta, el celador, especie de instrumento puesto al servicio de la dirección, dió orden de que pasáramos, antes de entrar a clase, por la sala del rector.

Ni un momento de vacilación. Los estudiantes, que teníamos el convencimiento de que clamábamos justicia, en conjunto y silenciosos, como movidos por un solo sentimiento y una sola opinión, fuimos a ver al rector.

—Adelante, caballeritos.—Recuerdo como si fuera hoy: el rector estaba sentado en su escritorio, la estufa encendida; todos nosotros le rodeamos.

—El profesor de historia les acusa como autores de una huelga y en virtud de su denuncia quedan ustedes suspendidos por cinco días.

Expusimos nuestras razones, pero el rector no admitió nuestras objeciones. Había que cumplir la voluntad del «doctor» X!

—Bien; ahora pueden retirarse y que no se vuelva a repetir... Usted, señor Rodríguez, quédese un momento para arreglar un asunto...

Todos nos miramos comprendiendo el misterio, pues sabíamos que el profesor de historia le tenía un encono muy grande a nuestro buen camarada.

Abandonamos la sala, y García, que era uno de los más atrevidos, mientras nosotros envolvimos al portero—al viejo Fausto—espiaba por el ojo de la llave la escena que se desarrollaba en el interior.

—¡Usted queda separado del establecimiento!... Se retira ahora mismo!...

Tales fueron las palabras que el rector dijo a Rodríguez.



No hubo exposición de excusas: sin duda había sido acusado como promotor de la huelga... El, porque siempre reclamaba la rectificación de los errores y defendía a sus compañeros!...

Desde ese día reinó en nuestra clase una completa desorganización... Nos había impresionado mal aquel acto perverso.

*

Una noche, víspera de exámenes, caminaba yo por una calle un poco apartada, cuando vi contra una puerta un hombre envuelto en una bufanda y acurrucado como si estuviese enfermo. Me detuve; observé una parte de la cara que asomaba por entre la bufanda y me pareció conocerle. Encendí un fósforo y... ¡cómo no!

—¡Rodríguez!... ¡negro!...

—¿Qué?—y despertó el hombre. Como si nos hubiese impulsado un mismo pensamiento nos abrazamos. ¡Pobre negro!... lloraba amargamente.

—¿Qué haces por aquí a estas horas?—le pregunté, y él, entrecortadamente respondió:

—¡Qué quieres que haga!... Estoy pasando la noche...

—¿Y... no vas a tu casa?

Me abrazó y volvió a llorar.

—¡No tengo casa, hermano!...

—¡Cómo! ¿Y tu familia?...

—¡Qué quieres! Me di a la bebida y mis padres me expulsaron de casa!...

—¡Pero, negro!

—¡Así es la vida! Las decepciones; soy joven, pero sufro como un viejo!... ¡Perdí mi carrera!... ¡Perdí la esperanza y hasta el decoro!...

—¿No trabajas en nada?...

—No—respondió.

¡Pobre Rodríguez! Lo comprendí. Se avergonzaba de encontrarse en ese estado.

No le dije ni una palabra más sobre su situación.
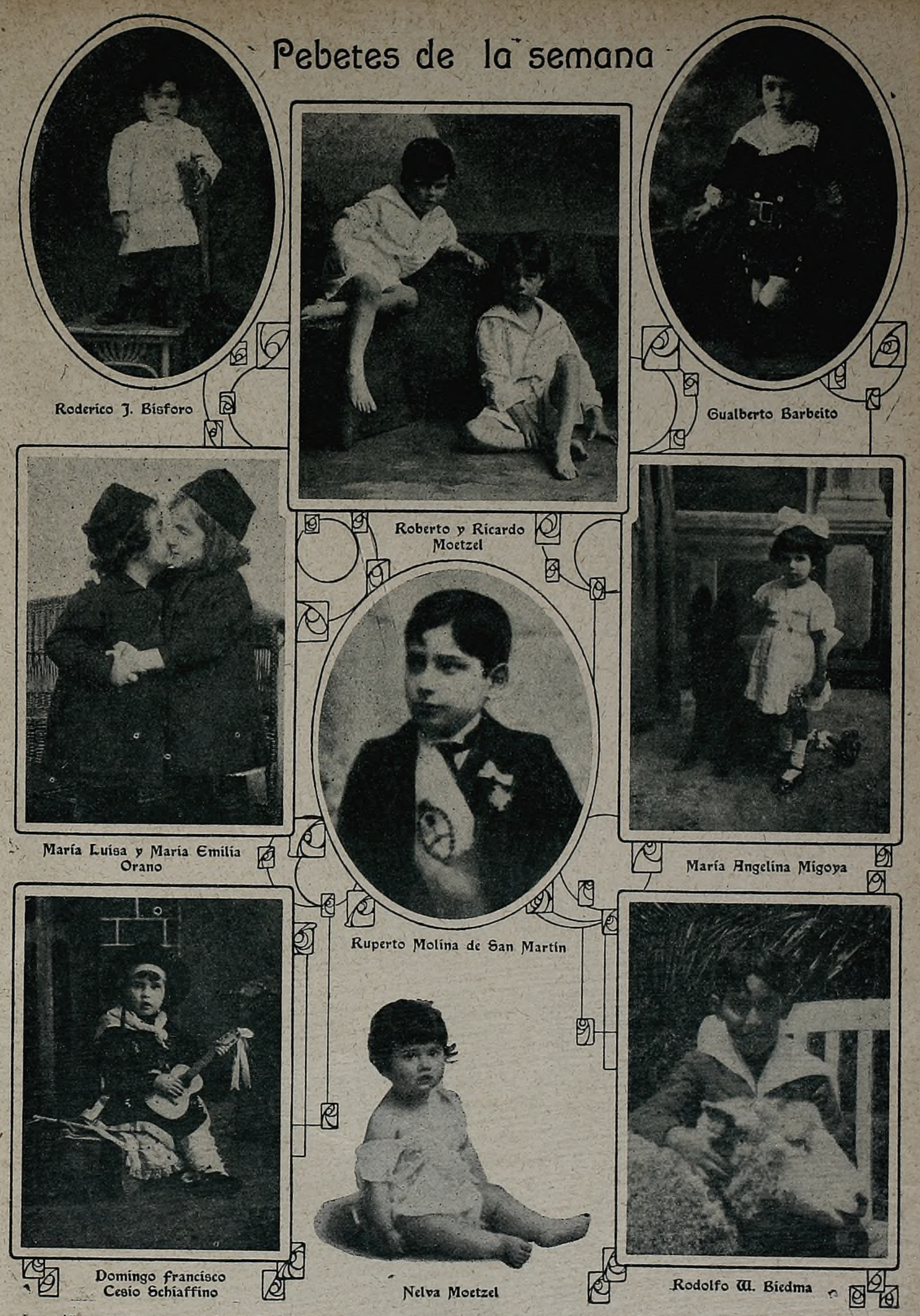
Le abracé y me despedí. Lagrimeó y en el extremo de la bufanda se secó la cara. Me alejé. Miré de nuevo hacia él y vi que se había reclinado.

Fué tal la impresión que me causó aquel encuentro, que desde esa triste noche no puedo olvidar la imagen de mi amigo bohemio. ¡Cuántas veces, en la escuela, se recibe la primera noción de la injusticia!

ARTURO M. MAÑÉ.

Dib. de Soldati.

Pebetes de la semana



Roderico J. Bisforo

Roberto y Ricardo Moetzel

Gualberto Barbeito

María Luisa y María Emilia Orano

Ruperto Molina de San Martín

María Angelina Migoya

Domingo Francisco Cesio Schiaffino

Nelva Moetzel

Rodolfo W. Biedma

Los niños cuyo retrato se inserta en esta página pueden pasar por nuestra administración a recoger un vale por dos pesos moneda nacional en juguetes a su elección, que les será canjeado en el Metropol Bazar, Carlos Pellegrini 340.

POROTITO

I

La vida monótona y retraída de «la ñata del pichicho», como sarcásticamente llamaban a la viuda de nuestro cuento, de nuestra historia mejor dicho, dió tanto que hablar en toda la parroquia, que la buena señora se decidió por fin a beneficiar a alguno con sus propios intereses.

Poseedora de una cuantiosa fortuna heredada de sus padres, y en buena lid ganada, y no quedándole pariente cercano ni lejano que por propio derecho entrara en posesión de ella cuando Dios llamara a juicio a misia Laura, que éste era el nombre de la viuda, la excelente señora se había retirado a una vida de relativa satisfacción, cifrando su último afecto en un perrito de lanas que era una verdadera monada por lo inteligente y cariñoso, y al cual, según ella, tenía en la mayor estima su finado esposo.



Los regalos, las comodidades y hasta las expansiones de cariño que al animal dedicaba misia Laura, rayaban en lo insensato, si hemos de dar crédito a la dura crítica ejercida sobre todos sus actos por el mundo, por ese mundo que tiene derecho, o así lo parece, a intervenir en nuestros asuntos a criticarnos y a exigirnos un amoldamiento sumiso a lo que es gusto suyo y no voluntad nuestra.

Misia Laura comprendió en aquella ocasión hasta donde eran acertadas esas censuras y, sintiendo temblar en su conciencia la pura tranquilidad del que se cree justo y bueno, procedió, sin perjuicio, por supuesto, del perruno animalito, con quien compartía y siguió compartiendo su bien servida mesa y sus envidiables comodidades.

Y recogió, llevándolas a su lado, bajo su protección y tutela, a dos pobrecitas huérfanas, asiladas en un establecimiento benéfico.

II

Generales aplausos, lisonjeros elogios y extremadas alabanzas mereció de la pública opinión el generoso rasgo de «la ñata del pichicho». No hubo conventillo, ni casa de gente bien en la parroquia, donde no se comentara aquel gesto de sin igual altruismo.

Cesó la crítica mordaz en su constante ensañamiento, cesaron las hablillas y pronto se olvidó la gente hasta de la existencia de «Porotito», nombre del perro, viendo a misia Laura ocuparse con amor cristiano y amante solicitud de las huérfanas recogidas.

Pero sucedió lo que era de prever; y es que las niñas, al par que crecían y se desarrollaban sus facultades, fueron cobrando antipatía al mimado «Porotito», antipatía que no pudo ocultarse a su celosa dueña. Le envidiaron primero, le odiaron después y juraron más tarde, disimulando hábilmente aquellas pasiones, vengarse cruelmente del preferido de la casa para el cual continuaban siendo los mejores regalos, las caricias más dulces y, sobre todo, las más delicadas esencias para perfumar sus sedosas y rizadas lanas.



«Porotito», que aun teniendo más inteligencia que muchas personas que por inteligentes pasaban, no podía ahondar y llegar hasta el fondo de los malos sentimientos que inspiraba a las protegidas de su bondadosa señora, ni adivinar los siniestros planes de aquéllas, las acariciaba y lamía las manos dando muestras de un cariño que tan mal pago iba a tener andando el tiempo.

III

Cualquiera, al ver a las huérfanas a la cabecera del lecho, donde postrada por cruel dolencia se hallaba misia Laura, las creería hijas amatísimas; tales eran sus extremos de filial solicitud y cariñosísimo interés.

Apuraban al parecer todos los recursos de la ciencia para devolver la salud a aquella naturaleza que por momentos se acababa; interrogaban a los más renombrados doctores, reuniéndolos a diario en consultas; manteníanse en vela a porfía noches y noches sin dejar a nadie el cuidado de la enferma y parecían desvivirse por adivinar sus deseos.

Pero la ciencia fué impotente una vez más y el providencial decreto se cumplió.

Previéndolo así misia Laura, manifestó a sus protegidas que había hecho testamento, el cual sería abierto ante ellas por el notario.

IV

Media hora después del sepelio de misia Laura, que fué una «verdadera manifestación de duelo», según aseguraron los cronistas sociales, daba el pobre «Porotito» con sus huesos en las baldosas de la vereda.

Los que presenciaron el accidente creyeron de buena fe que el lindo y bien cuidado animalito se habría caído de algún balcón. Una muchacha quiso recogerlo, y el perro dió un alarido estridente que hizo retroceder a los que le rodeaban.

Después, medio arrastrando su cuerpo magullado, desapareció calle arriba, como esquivando la pública curiosidad.

Cuando llegado el momento oportuno se procedió a la apertura del testamento otorgado por misia Laura, hallaron en él esta cláusula:

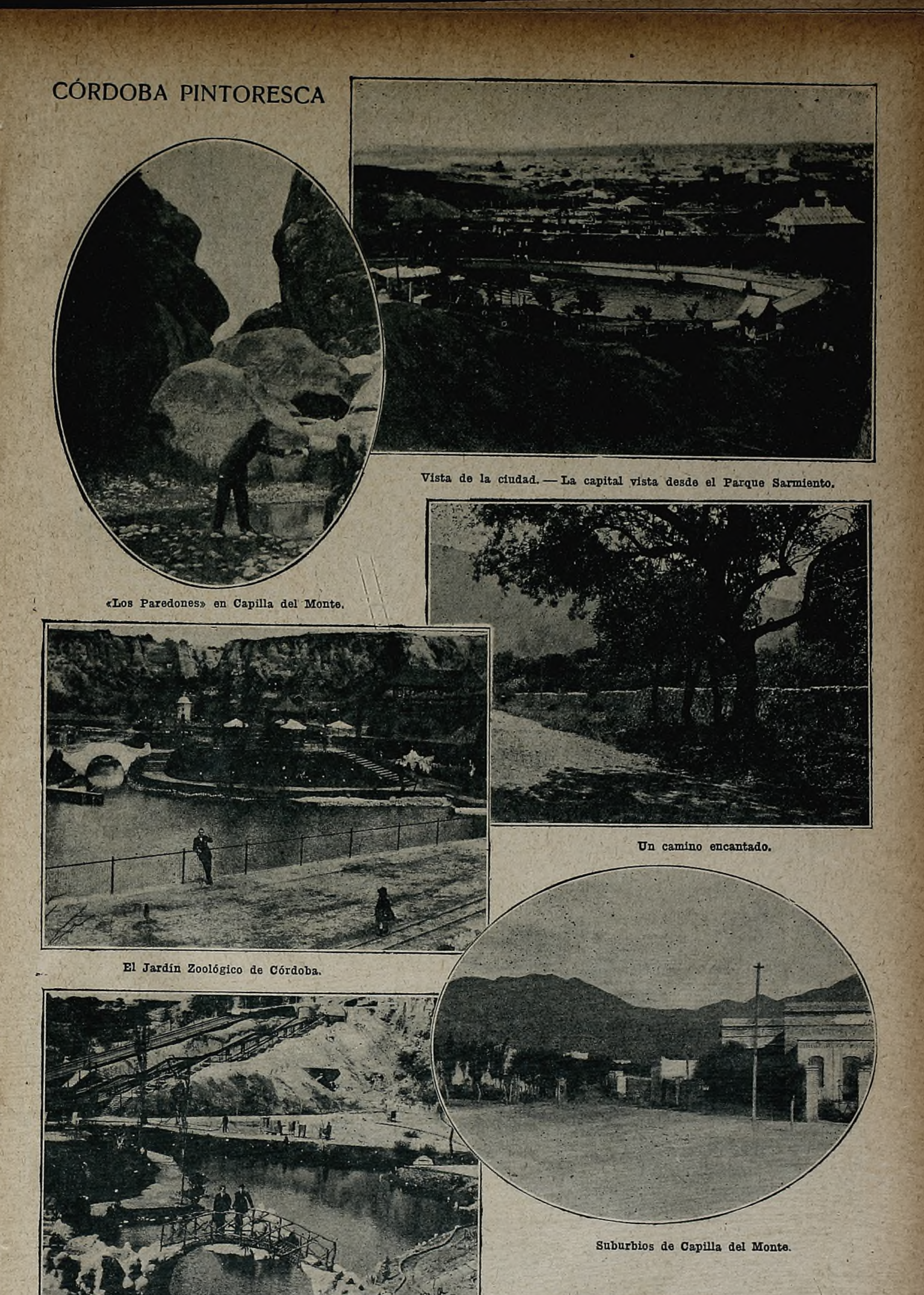
«...Con la condición precisa de que si el citado mi perro «Porotito» muriera de accidente alguno fortuito y no de enfermedad «natural», queden mis citadas protegidas desheredadas por mi dicho albacea, doctor Bermúdez, y sea mi capital distribuído, mitad entre los hospitales de esta ciudad de Buenos Aires, y mitad entre la Sociedad Protectora de Animales...»

No hay para que decir cuanto se afanaron las huérfanas por encontrar a «Porotito».

Y lo hallaron por fin, pero lo hallaron sobre la tumba de misia Laura... rígido, yerto, exhalando sus sedosas y rizadas lanas todavía algo de aquellas delicadas esencias que en las huérfanas recogidas habían despertado la envidia, el odio y la venganza.

ROBERTO BUENO.

CÓRDOBA PINTORESCA



Vista de la ciudad. — La capital vista desde el Parque Sarmiento.

«Los Paredones» en Capilla del Monte.

Un camino encantado.

El Jardín Zoológico de Córdoba.

Suburbios de Capilla del Monte.

Otra vista del Jardín Zoológico.

Fot. Romeu

Entre reflectores y explosivos.

De la Sociedad de Rosario



Sra. Laura Pura Urtubey de Cogorno



Sra. Micaela Bayo de Cardarelli



Sra. Argentina Pesenti de Arocena



Srta. María Carmen Meretto

Fot. Chute y Broocks.

LAS MADRES DURANTE LA GUERRA



Cuadro de Levy-Dhürmer.

LA SOMBRA DEL LAUREL

Creció Paulina Roca entre las ponderaciones de cuantos la rodearon en paseos y fiestas. Si un forastero hacía un elogio férvido de alguna otra belleza local, el indígena le atajaba al punto, celoso por la fama de sus compatriotas:

—No ha visto lo mejor: falta que le enseñemos a la de Roca.

Cierto semanario elegante abrió un concurso de hermosuras. El director anhelaba vengarse, por los desdenes de Paulina. Le asignaron apenas el tercer puesto. Sus amigas y admiradores intercedían:

—¡Hay que rechazar el fallo! ¡Tan luego vencida por esas cursis de Montilla y Sandoval!

Sólo ella sonreía benévola:

—¡Pero si da lo mismo!

Impropia de tan arrogante juventud era su melancolía, adquirida en el vivir cotidiano, entre don Teodomiro, el padre, un «buscavidas» sospechoso, pues que se ignoraba de dónde, cuándo, ni cómo obtenía dinero para mantener una figuración inaccesible, aun tratándose de personas con fortuna, y doña Carlota, dama protocolar y puntillosa, de muy grave continente.

Allí donde se realizara una fiesta de cualquier índole: social o popular o deportiva, surgía la silueta inconfundible de don Teodomiro, en alto la señorial cabeza que exornaban unos mostachos erectos y una luenga barba de plata cortada en cuadro. Su orgullo era el de parecerse al difunto Leopoldo de Bélgica, famoso por la apostura y por sus calaveradas.

Para acentuar la semejanza, de tiempo en tiempo el apolíneo y maduro varón se presentaba en los «varietés», dando el brazo a una querida.

Los ingresos, provenientes de llevar pólizas de seguros a varias compañías inglesas, solía multiplicarlos; a veces los diezmaba en la ruleta y el hipódromo.

—¡Mi suerte es excepcional, desde que concilia el juego y el amor!—jactábase en el Jockey Club.

Trataba a los demás socios con fina deferencia, principalmente si eran ricos y solteros.

La malclinación dictaminó:

—¡Busca un yerno que le pague las deudas!...

Era por el tiempo en que Paulina aparecía más triste y arrogante, en plena sazón. Ni alta ni baja, pero sí muy esbelta. Pecaba por carnosa. Esto no fué en ningún momento motivo de contrariedad para sus admiradores, pues se ha dicho ya cómo es el hombre, un animal eminentemente carnicero. Su paso tenía ese gracioso ritmo que caracteriza el de las hijas de Madrid. Cabellos rubios y pupilas negras, el contraste encantaba. Agréguense ahora el dechado de unas cejas en arco, una nariz fina y corva, de judío, y unos labios carnosos, incitantes...

Don Teodomiro, excelente vividor, había puesto todas las esperanzas de «cómodo futuro» en su hija:

—He aquí la salvación. Infinitos hombres la codician. Me basta con hacerla elegir.

Sus esfuerzos no iban encaminados a otra cosa. Sobre todo, «que no perdiese el tiempo». Hablábase de un pretendiente pobre, que se había insinuado a la muchacha en el último baile.

—¡Es un empleadillo sin porvenir, sin inteligencia!

¿Aludíase a un Creso?... Poco importaba que fuera joven o viejo enfermo o pervertido:

—¡Con sus millones!... ¡Cualquiera, a su lado, dejará de sentirse dichoso!...

Antes de cumplir los veinte años, Paulina pudo darse cuenta de cual era la situación de la familia y de cómo peligraba su destino. Comprendía, porque su primo Jorge—un poco desaplicado y un poco poeta—fué corrido de la casa apenas a ella la vistieron de largo.

—¡Un noviazgo imposible! Cuestiones con las cuales juegan las familias cuando ven juntos a dos mocosos—justificó el padre.

Y sin embargo, para Paulina, toda la gallardía viril, y la afectuosidad, el desinterés y el talento, detentábalas aquella persona.

Sufrió en lo sucesivo. A solas, en su lecho de virgen, algo díscola y asaz soñadora, renegó de su hermosura, de aquella detonante hermosura que la convertía en un precioso animal cotizable.

—¡Si me quedara picada de viruelas!... ¡Si me brotase una herpe!...

Pero no, cada mañana levantábase más gentil y bonita. Su tristeza fué a empañar las pupilas, dando a la mirada un lánguido encanto desconocido.

Al fin, resultó su más frenético adorador un diplomático, a quien se suponía rico. Hablaba con voz melosa, adoptando un aire cansado y mundano:

—¡Este sujeto nos va a convenir!—deslizó don Teodomiro junto a la oreja de su rígida esposa.

—¿Y si fuera un simulador?—advirtióle entre hosca y cauta doña Carlota.

Se hicieron averiguaciones con método digno de un detective yanqui. Resultado, que el ceceoso y cumplido doncel no tenía en su patria sobre que caerse muerto.

Paulina advirtió toda la maniobra:

—¡Son unos infames!... ¡Son unos malvados!...—lloró.—No se preocupan de mi dicha, sino de su vejez repugnante.

A poco, experimentaba una abierta rebeldía. Dió al traste con su mansedumbre, adquirida en un colegio de monjas. Coqueteó con cuantos parecían querérsela comer con los ojos. Atendió a jovenzuelos insignificantes en el teatro y los salones. Una cosa la llenaba de asco: la lubricidad de sus cortejadores.

No la comprendían, no aspiraban a desentrañar la cruel amargura de su alma. Deseábanla. Eso era todo. Siempre la Estezuela linda; siempre la atracción de sus carnes fragantes y mórbidas.

Pasaron los años lentos y dolorosos para Paulina, obligada a concurrir a todo lugar que pudiera considerarse como escapárate propicio.

Las condiciones morales del genitor alejaban prudente a más de un «buen partido».

—No bastan veinte casas para pagar las trampas—informaban, en el club, los tertulianos.

Al fin surgió el candidato. Era un viejecillo brasileño que regalara a la muchacha, de primera intención, un solitario inmenso:

—Con lo que ha costado esa piedra hay para un automóvil—se ufanó doctoral don Teodomiro, acariciándose las barbas leopoldinas.

Bajo su mirada de lince, el brasileño hizo a la hija una a modo de declaración.

—Elija sitio y allí tendremos un palacio.

Por toda respuesta, Paulina rompió a llorar desconsoladamente. El anciano comprendió, tuvo lástima de aquella desdichada beldad:

—¡Perdone, señorita!... Yo creía...

A la mañana siguiente, Paulina escribió a su primo dándole una cita. Hablarían de noche, por el jardín, mientras todos durmieran. El galán acudió madrigalizador y solícito.

—¡Yo tampoco te he olvidado, querida!

¡Querida! Una palabra afectuosa al fin.

Abríase, como una gran corola, su alma, mientras la luz astral, en el misterio de la noche, era una bendición litúrgica.

—¿Serás capaz de hacer por mí...

—Locuras, disparates... En cuanto te cases...—barbotó impetuoso.

—Pero ¿sabes que me voy a casar?...

El «soñado», el «presentido» no parecía dar valor alguno al «detalle». Asintió bizarro.

—¡Ah, pero no me importa!... ¡Sabes que soy poeta!

Le brillaron los ojos... ¡como a «todos»! Desgarrado el corazón, asentía Paulina:

—¡Vamos, sí!... Comprendo...

Se contuvo. No supo disimular. Algo debía estarle martillando el pecho, porque cruzó ambos brazos fuertemente:

—¿Poeta tú?... ¡Eres tan miserable como los otros!...

Y cerró con violencia aquella verja junto a la cual hablaban.

. . . .

¡Qué horrible impresión la de don Teodomiro al otro día! La belleza habíase ahorcado. Era apenas un péndulo trágico y ominoso, que oscilaba en la sombra, bajo el más copudo laurel de su jardín.



Vicente A. SALAVERRI.

Dib. de Soldati.

CONVERSACIÓN INTERRUMPIDA



—¡No te digo!... Si estaba escrito que tenía que encontrarme con la bribona de Dominga. Con la que nunca sale de su casa... Con la que siempre tiene alguna nana o algo que atender... Y todo por no visitarme. ¡Mirá que sos desatenta, hijita! Lo que son las cosas: se me había puesto que te iba a encontrar por la calle. Unicamente así. ¡Mirá, si hubiese esperado tu visita para lavarme la cara!... ¡Las ganas que tenía yo de verte! ¡Apetito de encontrarte tenía, hijita!... Bueno, empezá a contar, que vamos a tener para rato.

—¡Al fin has clausurado ese laboratorio de majaderías insulsas, que vos estás creyendo que es una boca!... Me has tenido, mujer, más de una hora con la mano extendida y sin darme tiempo ni para preguntarte por tu salud, aunque si es como tu labia... ¿Esa es la educación que te dieron, cara de pedúnculo de flor seca?... Siempre has sido igual, mujer; que te dejen hablar y que te escuchen bien si te quieren tener contenta como ropa recién lavada... No das lugar ni a cambiar de postura... Bueno; sos vos la que tenés que contarme algo, Irene, aunque ya sé que sos corta de genio... bucal.

—Eso será cuando hayas hecho un agujero en el postigo de la ventana de tu insoportable charla para poder ver si has concluído o si estás por empezar... ¡Hijita!... No das tiempo ni para pensar en cómo estarán de contentos en tu casa lo que los has dejado tranquilos... Lo bueno es que una pasa por maquinista palabrera por dos palabras que dice; pero te garanto, hijita, que por entre los sonrosados y aterciopelados labios que forman tu irreprochable boca, han de pasar unas cuantas palabras al cabo del día... Y me callo la boca, para que veas. Hablá vos, inventora de la sartén de papel secante, que no me voy a morir aunque tenga que estornudar.

—¡Pero mujer! Mientras te escuchaba con la boca abierta de par en par, estaba pensando en lo bien que quedarías rematando moñitos de seda rosa para adornar guardachispas de chimeneas... ¿Ese pico es de tetera o de alguna cuenta que debés?... No seas egoísta, mujer; hablá, pero dejá hablar. Tenés tanto criterio como esa piedra del cordón de la vereda que tiene un pucho encima... Hacés más ruido que los automóviles que pasan. No querés pasar por latera y ejercitás tu motorcito bucal en una forma que aterra. Empezás a hablar poniendo cara de tapón de damajuana de vino hecho en casa, y seguís hilvanando y cosiendo frases sin tener consideración alguna... Aprendé de mí que tengo el buen tino de dejar lugar para las dos. Y no me mirés más con esos ojos de muñeca desairada... Ya te véo venir, mujer; estás esperando que termine para saltar diciendo...

—Para saltar diciendo que me estás dejando inapta para continuar conversando, con tu inacabable charla... ¡Hijita! No deseaba sino que me picara en alguna parte para siquiera entretenerme en rascarme. Además, te diré una cosa: Yo pondré la cara que pondré cuando hablo, pero vos, hijita, con la tuya, que parece una vitrina de objetos abandonados, empezás, continuás y no terminás si no te dan a entender que el aburrimiento hace rato que ha hecho su entrada triunfal en la persona que te está aguantando... Ahora sos vos la que me mirás con esos ojos de rana con amor desconcentrado.

—Bueno, che, Dominga; dejame hablar un poco:

¿Cómo te las arreglaste para venir al centro? Mirá que con estas diagonales que son como raya trazada con la regla torcida, no sabe una si ha entrado, si está por entrar o si ha salido.

—Ya que me hacés el favor de dejarme un lugarcito para entrar en conversación, te diré que recién me di cuenta de la diagonal cuando estaba adentro. Lo lindo va a ser para volver; le tomo mal olor al regreso...

—A propósito de mal olor...

—Pero mujer, dejame hablar...

—No; esperá un poco; yo soy mayor que vos, hijita; además, vos ya has hablado más que chico en día de Reyes. Es que me están llegando a la nariz unos telegramas de un olorcito que nunca pudo hacer relación con el extracto de rosas blancas... Hace rato que estaba por decírtelo, pero como no das tiempo para nada...

—¡Sabés que tenés razón, mujer!... Ha de venir de esa maquinita de maní.

—Eso no parece una maquinita; más bien un buzón. ¡Ah, ya sé!... ¡A mí, maní! ¡Eso es otra cosa muy diferente, hijita!... Ahora caigo. Volemos de aquí en seguida, que está interrumpida la circulación... ¡Quién iba a suponer que viniera de ahí la cosa! ¡Es claro! Lo que le han dejado la tapa requintada, está mostrando la hilacha...

LUIS RISSO.

LA CAPA ROJA

Leyó una vez el anónimo... y otra... y otra, y aun dudaba, no sólo de si sería verdad lo que decía, sino hasta de si con él estaban escritas aquellas palabras que tan inesperadamente venían a echar por tierra todos sus dulces ensueños de amor.

«Carmela no te quiere... Te engaña con Eduardo», decía el anónimo.

Y Eduardo era su mejor amigo, el amigo verdadero; el que conocía todos sus más secretos pensamientos; el primero que supo que él adoraba a Carmela; el único que sabía cuánto, cuánto la adoraba...

Por eso la terrible noticia no podía ser verdad... ¡Todo, todo era una infamia!... Aquel anónimo calumnioso era, indudablemente, obra de algún envidioso de la dicha que él tenía con poseer el cariño de su Carmela...

¡Un anónimo es siempre despreciable!, se decía, ¡pero éste lo es mil veces más!... ¿Por qué había de preocuparse?... Lo mejor era no pensar en ello... Como si no se hubiera recibido... ¡Sí, eso era lo mejor!... ¡Lo mejor!...

Y, a pesar de todas estas reflexiones y de otras que durante mucho tiempo se hizo el atormentado amante, por fin, vencido por la duda que es terrible, y por los celos, que son más terribles que la duda, fingió a Carmela que él anónimo era una carta de negocios que le obligaba a emprender inmediatamente un viaje, y después de larga despedida en la cual su adorada vertió tantas lágrimas que, de no ser tan atroces los celos que sentía, hubieran alejado de su mente toda idea de infidelidad y hasta casi, casi, le hubieran hecho avergonzarse de su duda y de la estratagema que, con aquel fingido viaje, proyectaba, salió de la casa, verdadero nido de sus amores, prometiéndose interiormente que bien pronto había de salir de su incertidumbre y jurando que, si era cierto lo que en el anónimo se le decía... iba a ser preciso que doce honrados ciudadanos se molestasen en tener que escuchar atentamente todas las sesiones de un juicio, para luego declarar solemnemente que él no era culpable.

✳

Aquella misma noche creyó tener la prueba de su desgracia.

Eran las nueve, y apenas llevaba media hora espiando, desde lejos, la casa de Carmela, cuando la vió salir precipitadamente.

¿A dónde iría?... ¿Quizá?...

Y la siguió a distancia, para que no le viera, y a cada calle en que entraban sentía un estremecimiento, mezcla de curiosidad, mezcla de rabia.

A veces, y por ese deseo de cerrar los ojos a la realidad, cuando ésta es triste, se preguntaba si aquella mujer a quien, desde ya hacía rato, venía siguiendo, no sería su Carmela. La distancia que los separaba y la obscuridad de la noche le impedían verla el rostro casi oculto, además, por el alto cuello de la capa.

¡La capa!... ¡Esa sí que era la de Carmela...

¡Qué recuerdos tenía para él aquella capa roja!... Con ella la había conocido... con ella la había visto, después en sueños infinidad de veces... con ella había cubierto cuidadosamente los diminutos pies de su amada un día triste en que ésta cayó enferma de gravedad... con ella habían adquirido dinero para comprar las últimas medicinas cuando, agotados ya todos los recursos por una larga convalecencia, fué preciso recurrir a empeñar las prendas más queridas...

Sí, ¡aquella capa era la suya, la conocía bien! Y si la capa era la de su Carmela, ¿quién había de ser sino ella la mujer que la llevaba?

Fué preciso rendirse: Carmela había entrado en una casa; ¡en la casa donde vivía Eduardo!...

Y entonces el anónimo apareció cruelmente ante su imaginación y, loco, frenético, penetró en el portal y subió de cuatro en cuatro los desgastados escalones...

✳

Oprimía nerviosamente entre su mano el tirador de la campanilla, y ya se disponía a llamar en la habitación donde estaban los infames, cuando nuevas y más pacíficas ideas invadieron su cerebro primeramente y después su corazón.

Eduardo era su mejor amigo, bien se lo había probado infinidad de veces... Si ahora le era traidor, sería... sería... ¡por lo que fuese!... Quizá cediendo a los ruegos y a las súplicas de Carmela...

¡Oh, sí, ella era la infame, la miserable, la culpable de todo! Eduardo había caído como cae cualquier hombre cuando una mujer se propone que caiga... Pero, por esto, ¿iba él a olvidar todos los inmensos beneficios que le debía?... ¿Iba a matar, — ¡a matar no! — iba a borrar una amistad de tantos años?... ¡No, y mil veces no!... El necesitaba vengarse, pero le bastaba una víctima.

¡Que esa víctima fuese Carmela!...

Y, poco a poco, bajó la escalera, y salió nuevamente a la calle, y se dirigió a la casa de aquella mujer, a quien tanto amaba, pensando una venganza horrible, cruel, monstruosa.

✳

Cuando llegó, encontró a Carmela en casa.

Una alegría inmensa se apoderó de su alma; esa gran alegría que se siente al despertar de un sueño muy triste.

Porque todo había sido un sueño, sí. Sí, indudablemente, no es ella la que he seguido, — se decía. — ¡No hubiera tenido tiempo para volver a casa!...

¡Eso era lógico! Y sin embargo, el demonio de la duda, tan rebelde para soltar la presa que fácilmente se ha aferrado, le roía aún el corazón.

Veía manifiesto su engaño. No podía ser Carmela la mujer a quien había seguido, a impulso de sus instintos celosos, hasta dejarla en la casa de Eduardo..., y, no obstante, se sentía acosado por tener desconfianza.

La presencia allí de aquella mujer, cuando él la creía en brazos de su amigo, hubiera bastado para tranquilizar a cualquier otro cuya razón no se hallara ofuscada como la suya.

Algo más tranquilo, ya que no convencido por completo, procuró que mostrara su semblante la habitual sonrisa, y dijo cariñosamente a Carmela:

— Ya me tienes de vuelta.

— ¡Calle! ¿Te se ha escapado el tren?

— No: lo he pensado mejor, y... no me marcho.

— ¿De veras? ¡cuánto me alegro! — exclamó ella.

La dulzura de estas palabras, la tranquilidad con que Carmela le recibió, sus caricias, su contento al saber que ya había desistido del viaje, todo, hicieron pensar al celoso amante que o aquella mujer era inocente, o era la más despreciable de las criaturas.

Pero su capa roja... ¡su capa roja!...

Su capa roja la traía puesta una persona que entró de improviso en la habitación y que, al verle, lanzó un grito de asombro. Era la doncella de Carmela.

Entonces el enamorado creyó comprenderlo todo.

¡Ahora sí que ya no le cabía duda alguna!... Eduardo era el mejor de los amigos y Carmela, ¡su Carmela!, la mejor de las mujeres...

✳

Poco después, y mientras el enamorado feliz soñaba con toda su felicidad, Carmela decía severamente a su doncella:

— Cuidadito con volver a ponerte mi capa... ¡Ya ves el disgusto que ha podido costarme!

— Y añadió, entregándole un billete perfumado que acababa de escribir: — Vuelve otra vez a casa de Eduardo y entrégale en seguida esta carta.

La carta decía solamente: «Ya no vengas esta noche... Mañana; como siempre».

Pedro SABAU.



Y... ESTO ES VERDAD



Envuelta en un batón japonés color celeste, de manga corta y suelta, en el que el descote permitía admirar un cuello divino y unos hombros esculturales, cubiertos con una piel de armiño casi tan blanca como ellos. Zulema, presa de una inquietud horrible, se agitaba nerviosa en una butaca de su coquetón gabinete. De pronto se levantaba y, colocándose frente al espejo de su tocador, vestido con riquísimos encajes, contemplaba su belleza de sultana, mientras sus delicadas manos de marfil rosado peinaban sus desordenados cabellos de color ébano. Después volvía nuevamente a su butaca, tomando con indolencia un libro que hojeaba automáticamente, para abandonarlo en seguida y dirigirse a su balcón repleto de macetas, desde donde observaba con avidez a través de los vidrios.

Cualquier testigo habría descubierto en ella una espera desesperante.

La tarde, fría y desapacible del mes de junio, se cubría con un velo brumoso. Una suave llovizna envolvía la ciudad, cuyos edificios se elevaban entre la densa niebla, como fantasmas gigantes desafiando al cielo.

Las calles, silenciosas y solitarias, daban la impresión de una ciudad muerta; y en los oídos de Zulema retumbaba el eco del toque de oración de la capilla próxima; ese toque lúgubre que llama a las conciencias de los que creen en Dios...

Zulema empezó a sentir miedo. Había alejado a la sirvienta para librarse de testigos, y ya estaba arrepentida de haberse quedado sola; sin embargo, conservaba un resto de valor que triunfaba sobre el miedo: el valor de su audacia y el de su deseo invencible, frente al temor de que se descubriera su delito: Dos pasiones terribles en el corazón de una mujer...

Las cinco sonaban en el reloj del comedor y, coincidiendo con ellas la sirena de un automóvil que se detenía en la esquina, tocaba dos veces. Una explosión de felicidad sacudió violentamente el cuerpo de Zulema. Su mirada de espanto se tornó dulce, serena, y una lágrima indescifrable, como el amor de aquella mujer; lágrima gestada por el pesar y el temor y salida a la luz por la tranquilidad y la dicha.

Minutos después, la puerta del gabinete se abría lentamente, apareciendo en ella un hombre joven, vestido con irreprochable elegancia. Su aspecto exterior denunciaba al caballero de origen, aunque su vida íntima era la antítesis de su apariencia.

— ¿Por qué has tardado tanto? — exclamó ella, yendo a su encuentro.

— Querida mía, son las cinco en punto — replicó él, mirando su magnífico cronómetro de oro, regalo de ella.

— Sí, ya lo sé. Eres excesivamente puntual para venir a verme. Jamás me has dado el placer de anticiparte a la hora que fijamos, lo que me hace suponer que me quieres «a plazo fijo».

— ¿Por qué me dices eso? ¿No vengo todos los días a la misma hora?

— Sí. Tienes razón — agregó ella, arrojándose en sus brazos. — Pero es que... No puedes imaginarte qué mal rato he pasado. Me había recostado en esta butaca y me quedé dormida... Creo que he soñado. Sí, he soñado, algo horrible, algo monstruoso... Al despertarme sentí una cosa extraña que atenazaba mi voluntad, y un temor vago, que no sabría explicarte, se apoderó de mí. Sentí que me ahogaba. Quise gritar, y no pude. Tuve miedo.

— ¡Miedo tú! ¿Y de qué?...

— De todo lo que me rodea... ¡Qué se yo!...

— Vamos, «romanticismo habemus». ¿No es eso?

— No te rías, Juan Carlos. Es cierto.

— Eres encantadora siempre, pero hoy estás sublime, como la tarde gris. ¿No ves? ¡A que termino contagiándome!

— ¿Te burlas de mí?

— No, pero me gustaría encontrarte mañana en tren de franca mejoría.

— ¿Quieres decirme que estoy loca?

— Para no escucharte más ofensas, déjame taparte la boca con un beso...

En aquel momento un toque prolongado del timbre de la puerta interrumpió aquel diálogo. Los dos amantes se quedaron mudos, mirándose interrogativamente. Zulema rompió el silencio diciendo:

— Es él. Escóndete en el dormitorio, y cuando nos sientas venir huye por la puerta del cuarto de baño.

La inesperada llegada del marido había suspendido aquel idilio, cuando más lo deseaban los dos amantes, cuando mayor odio despertaría quien llegase a perturbarle; sin embargo, Zulema, en presencia del «ajeno en su propia casa», se revistió de toda su audacia, de esa audacia que sólo «ellas» saben manejar con tanta maestría, y le recibió más afectuosa que nunca, exclamando, al par que le presentaba su hermosa frente, en la que él depositó su acostumbrado beso:

— ¡Cómo es eso? ¿Estás enfermo?

— No — respondió él, rodeándole el cuello con un brazo. — Estando en el club me acordé de que hoy hace un año nos casamos, y en vez de tomar allí el te, vine a tomarlo a tu lado. ¿No te alegras?

— ¡Mucho, muchísimo! — respondió ella, y, llevándoselo del brazo hacia el gabinete, agregó: — ¡Es más! ¡Te esperaba!

— ¿Cómo?

— No lo sé. Sin duda mi poder telepático ha llegado hasta ti y te ha traído.

— A ver, a ver. Explícame eso.

— No hace diez minutos le pedía a Dios, con toda mi alma, que vinieses. Me encontraba tan triste y tan sola que te deseaba a mi lado. He tenido hasta miedo... y era tal la fe con que he orado, que poco a poco te sentía acercarte.

— Eres una santa, Zulema, y mereces ser dichosa.

— Y lo soy, lo somos. ¿Qué nos falta? Tenemos prestigio, fortuna y salud. Y nos amamos...

— Hoy, querida Zulema, ha pasado por mi memoria la historia de los trescientos sesenta y cinco días que se cumplen de nuestro matrimonio, y se ha detenido ante el recuerdo de un secreto que nunca he querido revelarte y del que me acusa mi conciencia como si se tratase de un delito. Quiero, aprovechando la oportunidad que me brindas, sincerarme ante ti, y, en atención a la fecha de hoy, te lo obsequio como mi mejor regalo.

— No te comprendo. Habla claro.

— Primero necesito tu promesa de que no has de enojarte.

— Concedida.

— Pues bien. He tenido celos de ti.

— ¿De mí? — interrumpió ella llena de sobresalto.

— Sí, de ti; pero te ruego no veas en la cruel sequedad de esta manifestación, más que la sinceridad de mi cariño. He sido celoso sin motivo, lo sé, pero mis celos no envolvían una duda de ti, sino el temor a la codicia que despertabas en los demás...

— No creo haberte dado motivo nunca...

— Lo que más queremos, lo que más anhelamos siempre nuestro, es lo que más miedo tenemos de perder... En cuanto a ti, aunque eres demasiado hermosa para ser tan buena, eres demasiado buena para dejar de serlo.

— Entonces...

— Ya ves que mis celos no podían ofenderte. Por otra parte, aquella época pasó; fué el verano pasado, cuando estuvimos en Mar del Plata. Aquella persistencia, aquel asedio, aquella obsequiosidad impertinente de que te hacía objeto Juan Carlos de la Riva llegó a inquietarme.

— ¡Juan Carlos? — repitió ella, riendo nerviosamente. — Lo noté, y mirando por nuestra tranquilidad llegué a ser con él hasta despreciativa, casi grosera.

— Es verdad, por eso me acusaba mi conciencia de no haber sido más leal contigo, confesándote mi inquietud, y te pido perdón por ello.

— Y yo te perdono, porque mi cariño sólo sabe perdonar.

— ¡Qué buena eres!

— ¿Y hoy ya no tienes celos?

— Sí.

— ¿De quién?

— ¡De mí mismo! ¡Ya ves cuánto te quiero!...

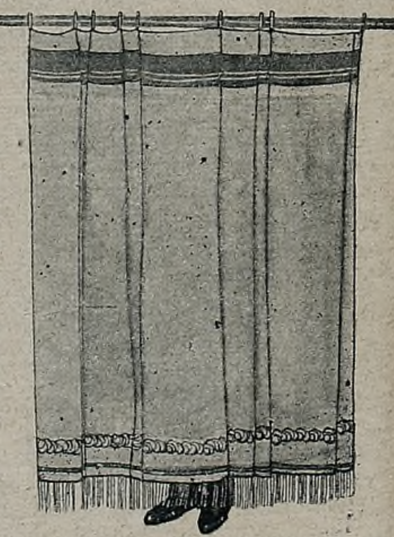
. . . .

La sirena de un automóvil sonó dos veces. Era el mensaje que anunciaba a Zulema que su amante se hallaba en salvo.

La íntima felicidad de aquel marido no supo traducir un gesto indescifrable que en aquel momento se dibujó en el rostro de la infiel, y creyéndose dueño absoluto de tan «inmaculada pureza», se extasiaba en la contemplación de su hermosura, mientras la noche, cómplice muda de la fatal traición, cubría con su manto aquella escena...

Joaquín **FRADE GOITIA**.

Dib. de Soldati.





María Santa Cruz (del teatro Florida).

Fot. Florencio Bixio y Cía.



EL PACTO

Don Benigno era un buen hombre, tan bondadoso, que si a los treinta años de edad le hubieran bautizado de nuevo, de nuevo se le hubiera puesto Benigno.

Le dolía el mal del prójimo como si fuera su propio mal.

Toda miseria humana le afligía, hasta el punto de arrancarle lágrimas de compasión.

En el dolor de los demás hombres se deshacían sus ternuras como el azúcar en el agua.

Las injusticias sociales le indignaban con indignación sublime.

Era un santo a la antigua usanza; un filántropo como hay muy pocos, y a la vez un altruísta a la moderna.

Amaba el bien, buscaba el bien, por el bien se hubiera sacrificado, como al fin y al cabo se sacrificó, pero de un modo que no tiene ejemplo en la historia.

Y siendo don Benigno lo que era, no hay que decir si sería desdichado.

¡Ver tantas miserias y no poderlas remediar todas!

¡Sentir tantos dolores como se retuercen en la raza humana y no poder calmarlos!

¡Presenciar tantas injusticias y no tener medios para luchar contra ellas!

La vida de don Benigno era una perpetua desesperación y la desesperación es mala consejera.

Estaba una noche en su buhardilla, porque él, que había sido rico, a fuerza de darlo todo, había concluido por no tener nada.

Eran los doce poco más o menos: el día había sido horrible, y había subido a su rincón, dolorido, calenturiento, casi casi con la maldición en los labios ¡él, que no tenía para sus hermanos más que palabras dulces y amorosas!

Decididamente el mundo no podía continuar así; estaba resuelto para evitar tanto mal, a ir en línea recta hasta el crimen si era preciso

Medios, armas, dinero, poder, ciencia, necesitaba a todo trance, para realizar el bien y enjugar lágrimas, y sanear corazones, y dar pan y dar vida a los que sufren sin consuelo.

Era preciso sacrificarse, pues se sacrificaría.

Y en un arrebato de pasión pronunció estas palabras insensatas:

— Mi alma entera daría con gusto, arrojándola a eterna condenación, a cambio de mucho poder para hacer mucho bien a los hombres.

Y pasando su extraviada vista por las desnudas paredes de la buhardilla, la fijó con relámpago de supremo desafío en uno de los rincones más obscuros del suelo y más llenos de sucias telarañas.

Y sonriendo con sonrisa siniestra, pensó en voz alta:

— Ya no existe el diablo, si existiera le llamaría y le propondría un pacto, pero el diablo debió quedarse allá en los siglos medios; la locomotora y el telégrafo le asustan; aunque se le llame no acude, y si no hagamos la prueba.

Entonces con voz cavernosa, gritó: — Satanás, ven a mí, yo te llamo: quiero venderte mi alma; acude, haragán estúpido. Acude, viejo cobarde, ven a mí, si te atreves, que yo te necesito y te llamo y además te desafío. Tus cuernos me dan lástima, tu rabo me da asco, tus garras me dan risa. ¿No te apetecen las almas?, pues te vendo la mía, que es de las mejores. Don Benigno te aguarda a pie firme.

Dijo y esperó.

Esperó clavando sus ojos inyectados de sangre con tenacidad de loco en aquel rincón en que desde el principio se había fijado.

Espectáculo curioso, las telarañas se extendieron lentamente y dijérase que se hicieron luminosas con luz rojiza.

Una sobre todo cubrió completamente el rincón y en el centro se destacó como mancha negra, una enorme araña.

Don Benigno no se asustó, porque con toda su benignidad era hombre de muchos bríos.

Don Benigno no se admiró, porque en aquel momento nada podía causarle admiración. Una esperanza diabólica le hizo presa en las entrañas.

¿Aquella araña enorme sería el diablo?

¿Aquella tela de luz siniestra estaría tendida para él?

¿Estaba él destinado a ser la pobre mosca humana de aquella telaraña infernal?

Y sin vacilar un punto se fué derecho al rincón, y por decirlo así, *tiró un derrote*, sacando enredada la cabeza la telaraña fantástica.

En el acto el bicho repugnante creció en dimensiones, y acurrucado en el rincón apareció el diablo en persona, viejo y averiado, pero terrible todavía.

— Aquí estoy, — dijo con voz aguardentosa, porque en su vejez, harto de dolores y desengaños, parece que el diablo se ha dado al alcohol.

— ¡Gracias a Dios! — exclamó Don Benigno sin poder contenerse, y cediendo a la costumbre. Pero como la invocación no parecía muy oportuna y como el diablo hizo un movimiento de horror y aun dió muestras de querer huir, don Benigno corrigió la frase y agregó: «Perdona, endemoniado personaje; quise decir *gracias al diablo*».

Luzbel sonrió de cuerno a cuerno y murmuró: «eso está bien».

— Conque ahora, — agregó, — di para qué me llamas.

— Ya lo sabes, puesto que me has oído y por haberme oído acudiste a mi llamamiento. Quiero venderte mi alma. ¿Estás dispuesto a comprarla?

— Ese es mi negocio, — dijo Luzbel, — y almas como la tuya cuando se ponen en venta, siempre encuentran comprador.

— Gracias, — replicó don Benigno, que entre sus buenas cualidades tenía la de ser cortés hasta con el diablo.

— Tu alma vale mucho, — siguió diciendo el protervo, — y ya ves que soy mercader de buena fe, no rebajo la mercancía para comprarla barata.

Sin embargo, Luzbel mentía según costumbre, y según costumbre adulaba a don Benigno.

Luzbel era incapaz de comprender la grandeza de aquel espíritu puro, extraviado en aquel momento por exceso de bondad.

Cuando las almas eran limpias y transparentes, el señor de las tinieblas era impotente para penetrar en aquellas transparencias.

En las almas negras, sí penetraba como rayo de sombra en cuerpo opaco.

Por eso jamás comprendió a don Benigno, siempre creyó que era un hipócrita, que practicaba el bien con miras interesadas, y que al fin y al cabo se había cansado de aparentar bondades que no sentía.

De todas maneras, obsequioso y humilde, le preguntó:

— ¿Qué quieres a cambio de tu alma?

— Quiero alta posición social, gran influencia, mucho poder.

El diablo sonrió para adentro, y para adentro murmuró: «lo sospechaba, ya te atrapé: eres como todos».

Y agregó en voz alta:

— ¿No pides más?

— Sí, pido — exclamó con ansia el desdichado, — pido mucho dinero.

— Trato hecho, — replicó el diablo, y sacando de entre cuero y carne un pergamino dió un salto, se colocó en el centro de la habitación, y extendiéndolo en el suelo, porque mesa no había, gruñó con gruñido gozoso: — A firmar.

Después sacó una pluma de acero que sobre el cuerno y la oreja traía, le picó en el cuello a don Benigno y recogiendo de la picadura una gota de sangre, le alargó la infernal péñola al futuro condenado.

Don Benigno se sentó en el suelo y firmó sin vacilar.

El diablo a su vez se picó en la lengua con la acerada pluma y puso su nombre al lado del nombre de don Benigno.

La firma de éste resultó roja, la del diablo amarilla, porque el diablo es todo bilis.

Y trato hecho.

— Hasta la vista, — dijo el diablo, y como por encanto se desvaneció entre las telarañas.

Después pasaron muchos años.

Don Benigno fué rico y poderoso, y siempre empleó su poder y su oro en realizar el bien.

¡Cuántas lágrimas secó; para cuántos dolores fué calmante; a cuántos desdichados arrancó del borde del abismo! ¡Y nunca, nunca pensó en arrojar ni una migaja a sus apetitos de placer! y alguna vez le asaltaron furiosos, porque al fin era hombre y al infierno estaba destinado por ley fatal.

— No; para mí nada, — pensaba don Benigno, — pues si he renunciado a mi eterna salvación, ¿qué ha de importarme el vano simulacro de las dichas terrenas?

Y bien mirado, su sacrificio era inmenso. Practicar el bien en la tierra para ganar la eterna gloria es prestar con interés infinito. Este no es el verdadero sacrificio.

Para sacrificio, el de don Benigno, que descontaba en beneficio de los que sufren una eternidad de dichas celestiales.

Pero todo llega, y después de una vida de abnegación y sacrificio, don Benigno no pudo más y se murió como todo el mundo se muere.

Al otro lado de la tumba le esperaba el diablo con el pergamino del pacto entre las zarpas.



Pero al morir, según parece, todo se olvida, y de aquel pacto maldito se olvidó don Benigno al caer en la fosa.

Después se dirigió al cielo maquinalmente como aquel que tiene conciencia de que bien lo ha ganado, y ya llegaba al pórtico celestial, cuando el diablo se le puso delante.

— Poco a poco, — le dijo, — no tan aprisa, que según parece mi buen amigo es flaco de memoria.

— Déjame pasar, maldito, — le replicó don Benigno.

— ¿Y esto? — dijo Luzbel, presentando el pergamino. — Yo cumplí, cumple tú y sígueme.

Don Benigno quedó aterrado.

En aquel instante, del pórtico salió un ángel.

— Ese hombre no te pertenece — le dijo a Luzbel. — Ha sido muy bueno, ha sido un verdadero santo.

— Ha pactado conmigo. Esas obras buenas no pueden ser buenas, se han realizado gracias al poder infernal que yo ponía a la disposición de este vejete insensato. Son obras de maldición, las ennegrecí con mi sombra, la infesté con mi aliento, la obra del diablo no puede ser buena; conque sígueme, alma de condenado, que eres mía. El pacto es pacto, y si en el cielo no hay buena fe, será preciso ir a buscarla al infierno. Vamos allá, alma del que fué don Benigno. Si lo que hiciste lo hiciste con malicia, te condenas por malo, y si no por malo, por tonto me perteneces.

El ángel, acongojándose mucho y limpiándose con las puntas de las blancas alas las lágrimas de sus azules ojos, insistió en defender a don Benigno.

Fué bueno, muy bueno, — decía entre pucheritos celestiales. — Fué compasivo, fué generoso, lloró con toda miseria, sufrió con todo dolor, fué implacable con su propio egoísmo, sujetó desesperadamente sus pasiones; como ningún otro mortal merece el cielo.

— Entonces lo merezco yo — rugía Luzbel, — porque todo eso lo realizó con el poder que yo le concedía. Desengáñate, espíritu de las alas blancas, este hombre vendió su alma, yo la pagué a un precio exorbitante, jamás con el infierno se ha pagado por alma alguna, ni por la del mayor sabio, ni por la del mayor poeta, lo que yo he pagado por el mezquino jirón espiritual de este don Benigno de mis pecados. Comprar un alma para el infierno dando en cambio piedad, amor, sacrificio, es arruinarme y arruinar toda la máquina infernal. Conque abreviemos y a las calderas, que ya se enfrían: — y le echó la zarpa a don Benigno.

Pero a él se abrazó el ángel desesperadamente, gritándole: «defiéndete, defiéndete».

— ¿Cómo he de defenderme, — murmuró don Benigno, — ni qué puedo yo? Resolved vosotros, sea lo que haya de ser.

— Pues di que te arrepientes, — le gritó el ángel.

Y don Benigno, levantando la frente, que brilló con blancura tal que, al caer sus reflejos sobre el diablo, casi convirtieron su pelambre en armiño, gritó con voz sublime:

— No me arrepiento, hice el bien como pude.

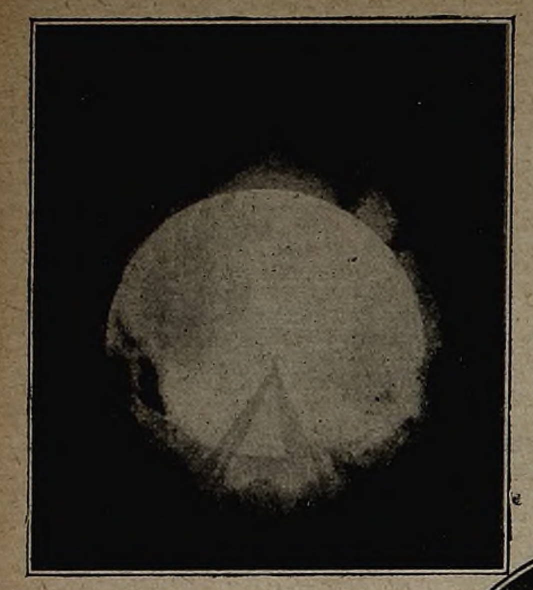
En aquel instante, de entre el pórtico salió una voz que proclamó: «Hágase el milagro y hágalo el diablo; vete, Luzbel, y tú, ángel, haz que suba ese hombre».

Y don Benigno, apoyado blandamente en el ángel, subió la gradería del pórtico.

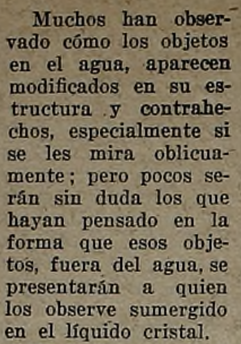
A todo esto el diablo, a cuyo rabo se había enredado sin saber cómo el pergamino del pacto, corría todo corrido hacia el infierno como perro con maza, murmurando con acento rencoroso: «Eso es, está bien; *hágase el milagro y hágalo el diablo* . . . .

José ECHEGARAY.

DEL PUNTO DE VISTA DE LOS PECES



Un edificio visto por un pez a través de la superficie del agua. Aparece con cabo y completamente deforme.



Muchos han observado cómo los objetos en el agua, aparecen modificados en su estructura y contrahechos, especialmente si se les mira oblicuamente; pero pocos serán sin duda los que hayan pensado en la forma que esos objetos, fuera del agua, se presentarán a quien los observe sumergido en el líquido cristal.

Desgraciadamente el hombre no puede realizar la operación porque la luz que penetra en el agua es insuficiente para su retina. Pero esto no quiere decir que no se hayan hecho estudios interesantes, sino del punto de vista humano, que ofrecería poca importancia del punto de vista de los peces, combinando hábilmente la física con la fotografía.



El mismo edificio visto por el pez a través de las paredes de cristal de un acuario.

Así se han obtenido las copias que ilustran esta página.

De ellas se deduce que los peces, si razonan, deben tener una idea muy equivocada de este mundo terreno, que poco debe interesarles, por otra parte, puesto que es para ellos tan inhabitable como el fondo del mar para nosotros.



La figura de un hombre de pie próxima a la superficie del agua.

En esta fotografía el cielo aparece en el centro, y en los bordes dos hombres y un edificio.

Sin embargo, no dejan de ser curiosos los aspectos fantásticos que el experimento revela, y sería muy digna de conocerse la opinión de un pez sobre el pescador de caña que espera pacientemente, sentado en la orilla a que la glotona víctima se enganche en el anzuelo. Según todas las probabilidades, debe aparecérsele como un monstruo, no solamente por sus criminales intenciones sino porque sus ojos deben verlo con las piernas separadas del busto y en proporciones ridículas y grotescas.

Al referirnos a los peces, claro está que no nos referimos a todos, sino solamente a aquellos que coletean por las capas superiores de los mares, pues es de presumir que los que habitan las profundidades, donde la luz es cada vez más escasa o nula, tendrán sus órganos visuales adecuados al medio y su visión será muy distinta de la de los anteriores.

Es inútil entrar en congeturas sobre este particular, aunque no es nada difícil que cualquier día la ciencia, que ha invadido hasta el arcano fondo de los océanos, nos salga con novedades al respecto.

Es de advertir que no solamente los peces ven a traves del agua sufriendo ilusiones de óptica tan grandes que apenas si perciben una parodia de la realidad. También el nombre, aunque en menos grado sería engañado por sus ojos, como lo es al mirar una varilla en un recipiente de agua, que colocada perfectamente sana y recta, aparece en cambio quebrada. Los estudiantes conocen perfectamente este fenómeno de refacción que explican todos los tratados de física.



Cómo se le aparece al pez un curioso que lo contempla en el acuario.

De la misma manera pues, o mejor dicho de manera inversa, la refracción debe oficiar sus simulaciones para el que, metido unos cuantos codos en el líquido elemento, dirigiera la vista hacia los objetos de la superficie.

Con la diferencia de que el hombre podría corregir los errores de óptica que se le presentasen, puesto que conoce la verdadera forma de esos objetos por él observados.

EL NOVIO

—Qué guapa, ¿eh?

—Una tontería de mujer...

—Y te ha mirado con unos ojos... Chico, para los pies...

La siguieron, acortando la distancia cuando ella, traviesamente, detenía a la criada ante un escaparate para mirar en el cristal si la seguían. Torcieron. Luego Gabriel se despidió.

—Vas de cacería, ¡abur!

—¿Te marchas?

Andrés aceptó sin existir la mano tendida, y fué siguiéndola más cerca, hasta la calle de Ayala, en donde ella se volvió a mirarle



con una sonrisa misteriosa. Vivía en unos bajos elegantes. Al ver que ella salía a la ventana, Andrés se quitó disimuladamente el anillo de matrimonio y lo guardó en el chaleco. Espero en vano largo rato que ella volviera a mostrarse, y echó a andar calle abajo, morosamente.

La había visto por primera vez en una de esas cálidas noches cuando el girar permite a cada rato el descaro ardiente de una mirada, y de la sombra inquieta llegan, con las falenas y la brisa, invitaciones de la noche nupcial y conveniente. Ella tenía esa hermosura que habitualmente llamamos *de muñeca*. Los pardos ojos inmensos, con el clásico mirar asombrado y pueril de una *poupée* de Navidad, la nariz breve, la boca mínima; en suma, el rostro sin expresión, lindo y vulgar, de las madonas de Murillo.

Involuntariamente, iba comparando esta frescura intacta con la fatiga de su Irene, a quien tres maternidades le estragaron el cuerpo y el semblante, dejando en los ojos martirizados la tristeza de un animal enfermo y dulce. Se casó con ella los veinte años, buscando una compañera para sus noches despamparadas de huérfano. ¿Fué amor aquéllo? Más bien fraternidad, unión de almas en esos primeros años de lucha y cuidados paternales. Hasta el año último, en que sopló la suerte, y de auxiliar de la casa de banca Moreno y Compañía, subió a cajero, con promesa de pronto ascenso. Era casi la fortuna, la holgura por lo menos. Cambió su vida por completo. Cuidó de su vestir. Como era un poco músico, frecuentaba el Real y los paisajes del escenario; aquel perpetuo dúo de holgazanes felices, le dejaban la imagen de una humanidad privilegiada y fina, sólo ocupada en amar... Podía permitirse el lujo del café. Eran allí charlas con otros compañeros de oficina, en que éstos comentaban sus aventuras con camareras o la larga delicia de un juramento siempre repetido y siempre nuevo en una reja donde sonríe la novia. Andrés sólo había conocido ese amor sin incidentes, sin la traviesa táctica de concesiones y riñas. Y su misma luna de miel fué un menguante pálido, que tenía su dulzura, sin embargo, como una vieja amistad inalterable. ¡Ah!, tener una novia largos años, como todos los mozos, una novia con quien no vamos a casarnos seguramente, pero que significa después en el recuerdo, la juventud, la locura!... ¡Qué lástima! Pero no volvería más.

Volvió. Pocos días después la hallaba de nuevo y la seguía. Arriesgó tímidamente un «¡qué guapa!» Ella rió halagada. Rondó la calle algunas noches más. Y no le fué necesario emplear esa telegrafía de los dedos, en que tan expertos son los novios, pues su saludo fué acogido amigablemente. Hablaron con la etiqueta de un salón. Ella se llamaba Mercedes, el verano empezaba a refrescar, su gata respondía al nombre de Titina, leía a Palacio Valdés, le gustaban las noches de luna...

Sólo al volver a casa, tarde, sintió Andrés el acerbo remordimiento. Su Irene le esperaba cosiendo una ropa roja para el chiquillo menor.

—¿Y tu jefe?—murmuró plácidamente.—¿Está contento?

—Mi jefe...

Balbuceó. Casi había olvidado su mentira, la que le permitía salir sin explicación todas las noches; un trabajo importantísimo para el jefe, que sería seguramente remunerado con ascensos. Pero ella no pudo notar su vacilación. Le creía, como le amaba, definitivamente. Y al ver el interior de siempre, aquella paz doméstica, Andrés sintió la iniquidad de regresar a la reja.

Remordimientos que duraron pocos días. Al cabo de los cuales reanudaba en la calle de Ayala, con una excusa de enfermedad, su coloquio sobre Palacio Valdés y el tiempo fresco. Ella había nacido para tirana, él para esclavo. Mercedes, caprichosa como hija única, tenía noches de alocada expansión, pero melancolías súbitas y exigencias celosas. Andrés debía llegar a las diez en punto, escribirle una carta cada día.

—Chiquilla—dijo asombrado Andrés cuando ella se lo exigió,—si nos vemos todas las noches, ¿para qué voy a escribirte cartas?

—Para leerlas al despertar, para hacerme cuenta que estoy también contigo todas las mañanas... Si no quieres...

Iba a enfadarse, él aceptó. Las escribía en la oficina. Descosió el forro de la americana y las guardaba allí para que Irene no pudiera hallárlas. De todos sus recelos e inquietudes le compensaba Mercedes cuando consentía en ser encantadora. Las noches otoñales de plenilunio parecían arrullarla. En el solar fronterizo miraban levantarse a una luna hinchada, roja y vulgar, hasta adquirir en la altura su transparente lividez de estatua patinada. Se esponjaban los árboles cercanos hacia esa luz, el viento dejaba en paz al mundo, y ellos se daban la mano sin hablar. Entonces Andrés, acongojado de amor, le decía palabras que nunca le dijo y le quemaban los labios al pasar.

Confidencias peligrosas que acercaban el término imposible del matrimonio. Mercedes quiso escribirle. Andrés dió la dirección de la oficina; pero ella le murmuraba pronto una noche:

—¿En qué piso vives?

—¿Por qué?

—Ayer pasé por tu calle...

Andrés tuvo recelo de que pudieran adivinar algo sus jefes. Confesó que vivía, en realidad, en la calle del Marqués de Urquijo. Pero sus padres, tan severos... Se enredaba en una confusa explicación que atajó Mercedes, riendo:

—¡Si no voy a robarte!... Eso está cerca del Parque del Oeste, ¿no es cierto? Recuerdo que fuí un domingo con mamá. Chico, nos comimos unos churros... A propósito, ¿por qué no vienes los domingos, después de misa, a charlar?...

—Pero tu madre...

—No seas niño. Mamá hace siempre lo que quiero. Además te la presento. Te vimos el otro día cuando pasabas por la Puerta del Sol, ¿sabes? Le has sido muy simpático.

—Muchas gracias. No lo merezco.

Trató de sonreir, pero estaba pálido. Había sido precisamente cuando iba a La Sevillana a juntarse con Irene y los chicos. No pensaba hasta ahora que Mercedes podía verlos juntos. Y para salir solo los domingos, pretextó nuevos trabajos en la oficina. Venía por la tarde, inquieto y receloso. No se sentía, como en las noches, amparado por la sombra, por ese sereno obsequioso y amigo con quien discutiera tantas veces sobre política. Le importunaban los transeuntes

que interrumpían el diálogo, el coche en la puerta esperándolas para la obligatoria *tournée* en la Castellana, los chiquillos del barrio que berreaban, tomados de la mano, el *San Sereni*, cantando luego en coro, con estridencia intolerable:

Así, así, así,
así me gusta a mí.

Comenzaban las noches invernales, en que era temerario y muy heroico estar pelando la pava. Mercedes le propuso que viniera a casa como novio. Contó los meses de *relaciones*. ¡Cinco, chiquillo! Era cosa seria. ¿No tenía miedo? Parecía iniciarse con esa almita voluntariosa una ternura nueva y conyugal. Le hablaba ya con vaguedad de los años próximos, interesándose en los detalles mentirosos que Andrés contaba sobre su vida. El domingo por la mañana, en la misa, vieron salir una pareja. Mercedes miraba emocionada a la novia. Qué mona, ¿eh?

— Cuando nos casemos — murmuró.

Insistió después. A mamá no le gustaban los noviazgos largos. Y puesto que nadie se oponía.

Andrés no se atrevió a simular oposición de esos padres ficticios que él inventara en casa como resguardo. Murmuró efusivamente:

— Por mí, mañana mismo...; pero tú ves, tengo que formarme una posición.

— Pero si viviremos con mamá.

— Excúsame, es una cuestión de delicadeza.

Se separaron enfadados. La misma noche él le pedía perdón en una carta de cuatro pliegos.

*

El áureo sol da la tarde nimbaba el arbolaje con un polvillo sutil y brillante que parecía lluvia de oro sobre la verde trabazón que formaban las ramas y hojas entrelazadas como por la hábil y juguetona mano de un hada infantil. Al través de este encaje de árboles, ramas, troncos y frondas, la luz retozona filtrábase aquí y allá, pintando en las enarenadas sendas del parque, mares pequeños de luz, cuyos dibujos y contornos semejaban figuras absurdas, trazos cabalísticos que los muchachines que correteaban por la senda como pájaros en libertad, pisoteaban y brincaban con loco alborozo, como si las extrañas siluetas fueran de pronto a convertirse en infantiles seres que compartiesen con ellos los juegos.

El domingo era dorado sobre esas frondas despojadas del Parque, matiz de sepia obscura sobre la tierra morena. Todos los bancos tenían su pareja. Pocos solitarios, quizás ningún poeta. Algunos ancianos macilentos que el invierno, sin duda, se llevaría. Y con idéntico cinismo desgarrador, mendigos que van cantando su hambre. Andrés, conmovido, disgustado, ponía en la mano de sus chiquillos la limosna. No la vió venir, porque Irene le indicaba con ternura los pasos vacilantes del menor.

Mercedes llegaba en coche por la Alameda con la dama de compañía; y no hubiera sido posible negar, porque el chiquillo, con los dedos agarrotados en alto, gritó alborozado:

— ¡Papá!

Fué una escena muda y terrible. Se comprendieron todos en el acto, Andrés y Mercedes por lo menos.

Ella se erguía con la arrogancia altanera de los primeros días. Descaradamente, minuciosamente, observó al grupo familiar. Como el coche pasaba rápido, se volvió, y — dolor o rabia — su carcajada fué terrible. Una de esas carcajadas de mujer que hacen matar. ¿Comprendió Irene lo que significaba aquella burla; adivinó en la actitud de Andrés, lividecido, un dolor sin límites? Acercándose al amado, le enjugó los ojos maternalmente, le estrechó los brazos como para defenderle, para ampararle; y en voz no airada, sino doliente, murmuró:

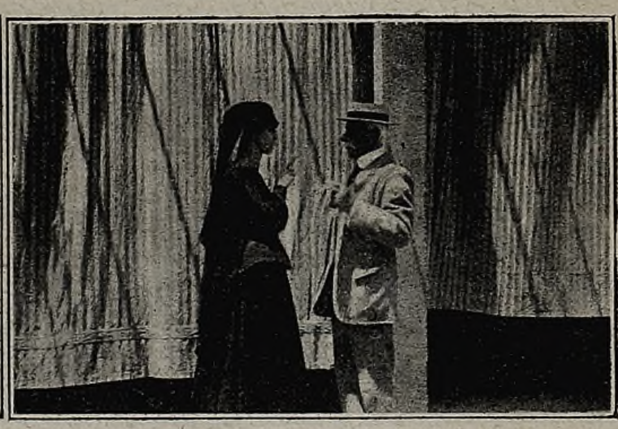
— ¡No llores, chiquillo, no llores por una... golfa!

VENTURA GARCIA CALDERON.

EL VERANEO EN CACHEUTA



Familias de Larsen, Gath y Fiddlan.



Un flirt imposible. Señorita Aída Gath y señor Tomás Devoto.



El maestro Pini obsequiado con un cabrito al asador.



Sobre una zorra a 0 kilómetros por hora.

EL PORVENIR DE LA CINEMATOGRAFÍA

El Presente no existe. Sólo el Pasado y el Futuro son los tiempos de verbo que la humanidad debiera conjugar. Todo se renueva, todo se transforma, todo se cambia...

La vida es así.

Hace algunos años, una veintena y quizá no, si alguien hubiera asegurado que el arte cinematográfico llegaría a constituir una de las grandes industrias y a alcanzar el perfeccionamiento artístico que hoy tiene y que es superado cada día que pasa, las gentes hubieran reído bondadosamente de la ingenuidad de los que así pensaban.



Los actores Figueroa y Cappa y la niñita Pagliano en una escena del prólogo de «Los inconscientes», de que es autor el señor Luis A. Ramassotto.

Pero la Vida, es mujer; y la mujer es paradoja.... ¿Acaso por ventura, hace un año, había una sola persona en el mundo entero que imaginara a Lenine dictador de todas las Rusias?...

*

Respecto al verdadero nacimiento del arte en el film, don José Sobrado, reconocido crítico cinematográfico dice: «Fué allá por el año 1911 cuando ante la pantalla asomó el primer indicio de arte propiamente dicho, con la «Pasión», de Pathé. A fines del mismo año, la casa Milano, de Italia, editó la película «El infierno del Dante», anunciación fastuosa de las maravillas que del nuevo teatro podían esperarse. Estas dos obras son sin disputa los cimientos o bases del gran florecimiento que ya hoy alcanza la cinematografía. De entonces acá, todo cuanto se creó y adaptó fué en ascención rápida hacia lo perfecto. La propia producción llamada corriente, de asuntos ligeros y breves, creció día a día en densidad artística, en más acabada belleza, sobre todo en fotografía, interpretación y visualidad escénica. Este período, pues, comprendido en el corto espacio de seis años (1912-1918) puede llamársele el de gestación artística del cine, durante el cual, muchas peregrinas sorpresas fueron arrancadas del caos misterioso de la luz y del movimiento.

Sentado el principio de que una película para acercarse a la perfección requiere buen asunto, buenos intérpretes, buena fotografía y mucho efecto escénico, cabe asegurar que a excepción del primer factor, los restantes y casi con definitivo aspecto, se han logrado durante los años mencionados.

En cambio, en la parte literaria parece que existe un acuerdo tácito entre todos los editores de films para seguir siempre el mismo sendero abominable de la necedad.

Muchos argumentos de las últimas extraordinarias obras producidas — que por su grandeza merecen más escrupuloso cuidado — son como esqueletos cubiertos de rica y suntuosa túnica.

El otro género, sencillo y común — comedias, dramas, sainetes, episodios — también en lo tocante a argumentos son de un gusto deplorable. Rara vez acertamos a presenciar una obra medianamente urdida y de ilación adecuada, amén de un fondo moral y desnudo de cursilerías. Aquí en América, domina la flojedad original, especialmente en su mayor manifestación: la humorística.

En Italia se destaca la fuerza dramática trágica y truculenta. Es un género crispador, guiñolesco, que sólo se hacen tolerables en aquellos casos donde artistas de primer orden — Pina Menicelli pongo por caso — absorben la atención del público. En Francia, la índole de tramas cinematográficas fué concretada hace poco por un escritor parisiense en esta palabra: «necedad». Y por último, Dinamarca, otro de los pueblos más fecundos para producir películas, usa asuntos cuya originalidad se densifica en amoríos en el bosque y en el mar o viceversa, con ribetes de un romanticismo apócrifo muy fuera de marco entre los fríos pueblos del norte.

La literatura del cine se desborda, pues, en una mediocridad pavorosa, que tiende a infectar a las muchedumbres del funesto mal de la estupidez, cuando bien desenvuelta y aplicada sería una fuerza magnífica de util influencia social.

*

Por lo que en párrafos anteriores hemos dejado expuesto, y pese a la opinión de la condesa de Pardo Bazán, que afirma que el cinematógrafo es vulgar espectáculo, nosotros, al revés que la ilustre escritora gallega, nos permitimos afirmar de la manera más categórica que el cinematógrafo, hábilmente conducido, es fuente inagotable para la corrección de vicios y defectos. El teatro, caro de por sí, no puede ser asequible al obrero, al empleado modesto, etc.; por otra parte, su natural lentitud comparada con el cinematógrafo, hace que mucha gente, inquieta y nerviosa, muy siglo XX diríamos para mejor expresar esa fiebre dinámica que parece haber hecho nido en los hombres de esta época, desvíe su atención hacia la pantalla animada.

Por eso, y por mil razones más que harían demasiado larga esta simple crónica, creemos firmemente que el cinematógrafo es una industria moderna de las que se puede esperar mucho. Empresas, público, actores y autores tienen hoy en día en el cinema un ancho campo para especulaciones financieras e ideológicas.

Y por suerte, entre nosotros el arte cinematográfico comienza a ser explotado. Más aun lo será el día en que esta maldita guerra concluya. En que el derecho venza a la barbarie de la fuerza bruta...

Entre nosotros existen varias e importantes compañías filmadoras: Patria Film, Austral Film, Marchesi Film, Lux Film, Cairo, Lipizzi, Ortiz Film, Argentina Film y otras no menos importantes, cuyo detalle escápasenos en la confusión del recuerdo.

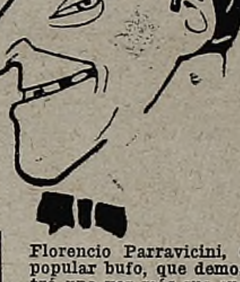
Igualmente, existen ya academias de mímica cinematográfica en donde se educan a los aficionados en el difícil arte de la escena casi muda. Entre las más importantes figuran: la Academia Saleny que dirige la notable actriz Emilia Saleny y la Foto Film, cuya dirección artística desempeña actualmente el señor James Devesa.

Hemos conversado días ha con este caballero respecto a tópicos del tema cinematográfico. Nos decía Devesa, entre otras consideraciones muy lógicas y atinadas, que la gran mayoría del público, creía que ser



James Devesa, argentino, simpático y distinguido actor cinematográfico, actualmente contratado por la Marchesi Film y la Austral Film.

Josephine de Rohan, notable actriz cinematográfica de gran fuerza expresiva. En «El evadido de Ushuaia». «Problemas del corazón» y otros films, ha demostrado plenamente su hondo temperamento artístico.



Florencio Parravicini, el popular bufo, que demostró una vez más sus cualidades de artista múltiple en el film «Hasta después de muerta».

Creo que la cinematografía es la vanguardia de la civilización y que la fotografía animada tendrá un rol importante en la evolución progresista de nuestra patria. Siempre que con argumentos morales é instructivos tratemos de combatir las distintas plagas sociales que afectan a la humanidad.

Autógrafo para P B T del autor de «Los inconscientes».



Romeo Borgini, porteño, autor de la película «Máscara-Dura», de dibujos animados y que edita la Patria Film.

actor de film era mucho más fácil que actor de teatro. ¡Craso error! Un artista teatral puede corregir la obra que hoy diera mal por tales o cuales razones; en cambio un actor cinematográfico no puede. Está la máquina del operador que fotografía hasta su más imperceptible movimiento como una obsesión. Y esa fotografía de cada uno de sus movimientos cuesta un dineral. Por otra parte, el film ha de ser exhibido en cien ciudades y miles y miles de ojos han de escrutar los gestos de los intérpretes. No es tan fácil como parece, concluyó risueñamente nuestro interlocutor.

—¿Puede decirnos usted cómo se forma un artista cinematográfico?

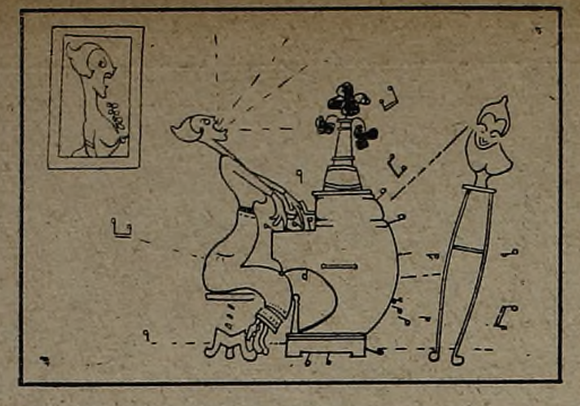
—Con mucho gusto...

Por la ventana abierta de la «garçonniere» de nuestro visitado entraba una hebra de sol divinamente rubio. Encendimos ambos un cigarro alegremente oloroso, y junto con la primer pitada, que llenó de un humo azulado la habitación diminuta, sin esperar a que volviese a preguntarle, Devesa comenzó a decir: «Días pasados, en una revista de cinematografía, tuve ocasión de leer un artículo de un perito en la materia, Xavier de Mont-Blanc. Versaba casualmente sobre su pregunta, y era más o menos lo que decía así: una conocida actriz — Lydia Borelli — manifiesta que el arte de la escena muda reside en la expresión del rostro, en la belleza, en la fealdad, pero sobre todo en la elegancia. Así, pues, el aspirante a ser un día verdadero intérprete de la cinematografía debe presentarse a un examen preparatorio.

La base de todo el curso para ser artista cinematográfico, se puede reducir a cuatro expresiones: cariño, odio, dolor y risa. El alumno debe pasar de una a otra de las cuatro expresiones con una facilidad pasmosa para tener el dominio del gesto; así el gesto no es el dominador. Esto es capital en el novicio. El discípulo debe pasar de la sugestión al gozo; del dolor a la risa más amplia. Vienen después ejercicios de paseo, esto es, ver cómo camina. Más tarde se efectúa la enseñanza de la «agonía», las diferentes muertes: con cuchillo, revólver, veneno, tisis, síncope, etc., donde el maestro tiene que dar verdaderas conferencias médicas para hacer comprender al alumno el «porqué» de tantos síntomas.

Para finalizar le diré, que para ser artista cinematográfico, hay que «vivir» el «papel»...

Ha habido una pausa larga. Mientras me despedía de Devesa, prendíanse las primeras luces y en la gran ciudad había un confuso aturdimiento de ruidos callejeros...



Una escena del primer acto de la película de dibujos animados «Máscara-Dura», de R. Borgini.



P. Alvear, argentino, que ha tomado parte en la filmación de la obra de Ramassotto, uno de los últimos films nacionales.



Jenny Nin Lucy, una de las más jóvenes y hermosas actrices cinematográficas de Buenos Aires.

Luis A. Ramassotto, autor del argumento «Los inconscientes» y primer actor de la Marchesi Film.

*

El cinematógrafo tiene un campo más amplio que lo que a primera vista parece, en lo que a especulaciones artísticas se refiere. Para probar nuestro aserto, citaremos el gran incremento que de un tiempo a esta parte está adquiriendo el film caricaturesco. Cristiani y Taborda obtuvieron el primer éxito serio entre nosotros. Sin embargo, la idea originaria aquí en Buenos Aires fué de Romeo Borgini, un hábil lápiz talentoso y joven. Hace tres años, Borgini preparó pacientemente cerca de mil dibujos caricaturescos para un film político que se le había ocurrido. Hechas las caricaturas, comenzó el peregrinaje de su autor. Los cinematografistas dudaban del éxito por ser caricaturesco y político sobre todo. Uno de los más pesimistas a este respecto fué Max Gluksmann, quien le dijo textualmente: «si «eso» se exhibiera, sucedería un bochinche en la sala». La Experiencia, esa señora bondadosa que sacan a relucir los hombres viejos, más en ideas que en años, comprobó a los filmadores «positivos» que se habían equivocado. Fué un solemne mentís el éxito de «El Apóstol», pero con todo, Borgini, no había llenado su aspiración y su triunfo fué sólo moral. ¡Y qué es eso de la moral según va en el mundo!...

He citado a Borgini. ¿Por qué? Es porteño, hábil, inteligente, tiene veintidós años. ¿Para qué decir entonces que tiene «ansias de ser», y que un montón de azules esperanzas se agita en su mundo interior, como una bandada de torcazas asustadas.

*

Conversando con el señor Benjamín E. Fernández, administrador de la Marchesi Film, me decía hace dos días: «Vea, el cinematógrafo tiene que llenar un fin útil y social. Hasta el presente, entre nosotros no se han hecho films de enseñanza moral. De tesis. Nosotros somos los primeros que aquí orientamos la cinematografía en ese sentido. «Los inconscientes», cine drama en diez actos, original del señor Luis A. Ramassotto, tiene como argumento el vastísimo y complejo problema de la herencia alcohólica. Es, pues, una obra sana, de un fondo moral definido, rica en enseñanzas. Eso es lo que puedo decirle en cuanto al asunto. Ahora, en lo que a presentación escénica e interpretación, ya tendrá usted ocasión de verla en breve, y entonces me dirá si no es una de las obras mejor impresas. En cuanto a los artistas que trabajan en ella, son de renombre: está la Gemma di Guelfo, Ramassotto, Diego Figueroa, Denise Roseclaire, James Devesa, Jenny Nin Lucy, Aquiles Rivelli, Annetta Reynaud, Perla Roveres, Iole Piacentini, Leticia Pizzano, Ernesto Cappa, Vera Gradiska, etc. El meteur en scene es el señor Alberto Traversa, ex meteur de las casas Savoia, Ambrosio, Latina Ars, Musical Film y otras...

—Me basta, caballero. Gracias. Y dándole un apretón de manos a Fernández, que tiene el don de hacerse simpático, me eché a la calle...

*

La escena ha cambiado, y completamente. Estamos en la sala de ensayos de la academia Foto Film, Corrientes 1943, y hay una lamparilla roja que alumbra como en un ensueño. Van saliendo algunos alumnos: las señoritas Doria y Nirito, de grandes aptitudes según me dice el director; luego comienza el desfilar de los varones. Curioso como todo cronista, pregunto los nombres. Me los dicen a medida que pasan despidiéndose: éste es O. Noriega, todo un hombrachón, en cuyos labios hay siempre una mueca de burla; aquél es P. Alvear, ese otro H. Pinilla, aquéllos, Petrolín, Jiménez, Blanch, etc. Los demás se han ido antes de que yo fuera.

Apenas si somos cinco los que quedamos ya: Devesa, Nelly Conti, aventajada alumna y cuyo fino temperamento artístico hace esperar mucho, Josephine de Rohan, directora de la academia, Martín Lemos, un viejo compañero de aventuras de días felices y de amargos días, y el que estas líneas escribe.

El calor sofocante ponía en nosotros como un desfallecimiento. La Rohan y yo, sentados en el sofá, conversábamos del arte en general. Habla ella, y dice: «¿Qué podría decirle de mí? Muy poca cosa. En Europa he trabajado en la Ambrosio Film y Pascali Film, de Turín. En Buenos Aires he actuado en diversas cintas, entre las principales: «El evadido de Ushuaia», «Problemas del corazón», «Historia de Gildac y Godoy».

Mi especialidad es el drama sentimental. Ello se debe a mi propio temperamento. Yo soy una idealista. En el alma llevo un mundo de misterios, de ilusiones y de esperanzas. Escribo poesías a ratos. Adoro el silencio. Un verso, cuando está lleno de «alma» me emociona tanto, que siento en el espíritu como una muy dulce y muy inefable lluvia de belleza... Además, siento piedad por las estatuas. Soy francesa. Me crié en Italia. Nada más tengo que decirle». Ha vibrado dentro de mí el otro hombre. El que prefiere los días lluviosos a los días de sol. El que en la alta noche le parece escuchar la armonía dulcísima de los astros infinitos. El que aun cree que no es del todo mala la humanidad...

Sobre los cabellos adorablemente rubios de Josephine de Rohan, la luz bondadosamente rosada caía como una bendición...



Salimos a la calle. La gran ciudad adormitaba sus ruidos y un aire deliciosamente fresco ponía en nuestro rostro una muy dulce sensación de alivio.

Echamos a andar por Corrientes hacia el centro. A pedido de Josephine, yo iba por el camino deshojando mis versos, mis humildísimos versos...

Rufino MARIN.

Nelly Conti, una de las más aventajadas alumnas de la academia Foto-Film y cuyo fino temperamento artístico hace esperar mucho de ella.



Manuel Jiménez, un buen amateur cinematográfico, también argentino.

LOS PRIMEROS AVIADORES QUE SE FORMAN EN EL URUGUAY

Ha sido todo un acontecimiento lo que pasamos a consignar en esta crónica.

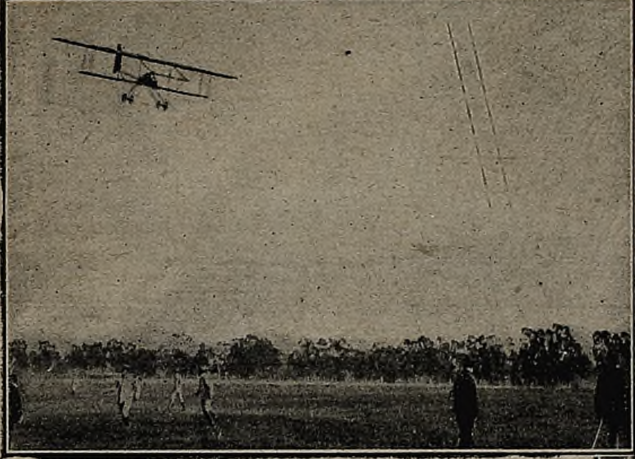
La aviación en el Uruguay se inició con éxito menos que mediocre. Durante varios años, un Centro Nacional que se fundara para emular los progresos del Aero Club Argentino, no dió resultado.

Se quiso hacer el «día de la volación», con un festival que fuese el marco de una extraordinaria colecta, y fracasó la iniciativa.

Tras ésta, surgieron cincuenta más, que igualmente fracasaron.



El presidente de la república y el ministro de Guerra presenciando los vuelos.



Uno de los alumnos haciendo ejercicios con el Farman de la escuela.

La llegada a Montevideo de pilotos como Domenjoz y Petirossi no bastó para «caldear la atmósfera». Las acrobacias del espacio escalofriaron a muchos espíritus, pero no tuvieron la virtud de abrir los bolsillos. Los jóvenes montevideanos ricos hallaban mayor placer en despanzurrar congéneres con un auto que en exponerse a fracturarse el cráneo en aeroplano. La aviación civil fracasó, pues, de modo irrefragable.

Y fué el presidente del extinto Centro Nacional, don Joaquín C. Sánchez, erigido poco después en Ministro de Guerra, quien consiguió los dineros del Estado para fundar un aeródromo con destino a los militares.

Dos jóvenes tenientes salieron para la Argentina y otros dos para Chile, a fin de formarse pilotos. Todos dejaron su bizarría bien impuesta.

En efecto, Boisso Lanza triunfó en el certamen aeronáutico sudamericano de Santiago, y Berisso y Cristi concitaron el interés de todo el público allende y aquende el río. Ganó el primero aquel raid Buenos Aires-Mendoza (no sin fracturarse una pierna a poco), y Cristi, en un glorioso aniversario patrio, subido sobre un aparato en ruinas, cruzó el estuario en forma inolvidable...



El jurado en funciones. Apreciando el valor técnico de las pruebas.



Jefes y oficiales que presenciaron los exámenes en el aeródromo.

Con esos cuatro bravos oficiales quedó instalada la Escuela Militar, concediéndosele al hoy capitán Boisso Lanza su dirección. Hace escasos meses que empezaron los cursos, eligiéndose para alumnos la flor de la oficialidad.

En estos días se han efectuado los exámenes, presenciados por el presidente de la re-

a los jóvenes tenientes que aparecen en los grabados.

El primer aviador uruguayo tuvo un fin conturbador y trágico. Hablamos de Detomasi, que hizo el «looping» en Buenos Aires, produciendo muchas admiraciones. Había estudiado en un aeródromo argentino y realizó lo mismo que hicieron Domenjoz y Petirossi, pero en forma más audaz.

Su muerte y los accidentes a Berisso y Boisso Lanza desanimaron a muchos. Pero no a todos.

Y la prueba es que al abrirse la matrícula de inscripción en la escuela, hubo que rechazar a numerosísimos solicitantes.

Vamos a ver si la racha de dramáticos percances cesa, y estos muchachos entusiastas que salen ahora se caracterizan por su prudencia y buena suerte.



Los tenientes Gandolfo y Larre Borges, que son ya aviadores civiles.

Otros dos alumnos que obtuvieron el brevet: los alféreces Lerena y Montero Pérez.

El flamante aviador teniente Efraim González.

El presidente de la república felicita al teniente Herrera por su examen.

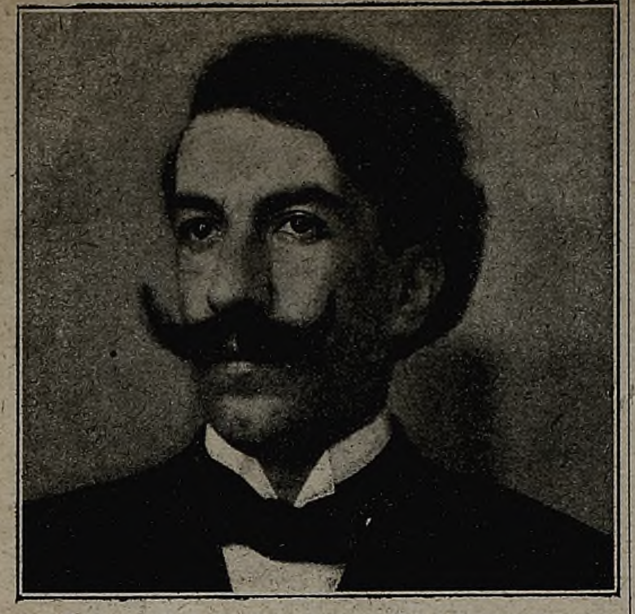
Haciendo la señal para que baje el alumno; la prueba ha concluído.

pública, el ministro de Guerra, jefe de estado mayor e infinidad de jefes de la guarnición.

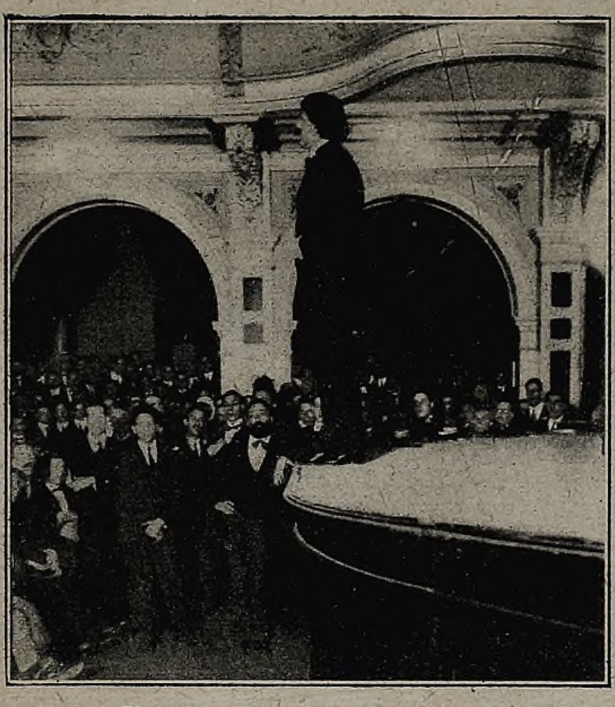
Los resultados fueron satisfactorios, otorgándose el brevet de aviadores civiles — en primer término —

Esto último es lo que de todo corazón les deseamos.

ANTÓN MARTIN SAAVEDRA.



Doctor Alfredo L. Palacios, cuya candidatura a diputado nacional, fué proclamada por el comité independiente la noche del 20 del actual en el Prince George's Hall.



El candidato pronunciando su discurso.



Público que asistió al acto.

LA PROXIMA LUCHA POLÍTICA

CANDIDATOS A DIPUTADOS NACIONALES POR LA CAPITAL, PROCLAMADOS POR EL PARTIDO RADICAL, QUE SERAN VOTADOS EN LOS COMICIOS DEL 3 DE MARZO ENTRANTE POR SUS CORRELIGIONARIOS.



Doctor Carlos A. Becú.

Doctor José P. Tamborini.

Señor Tomás Le Bretón.

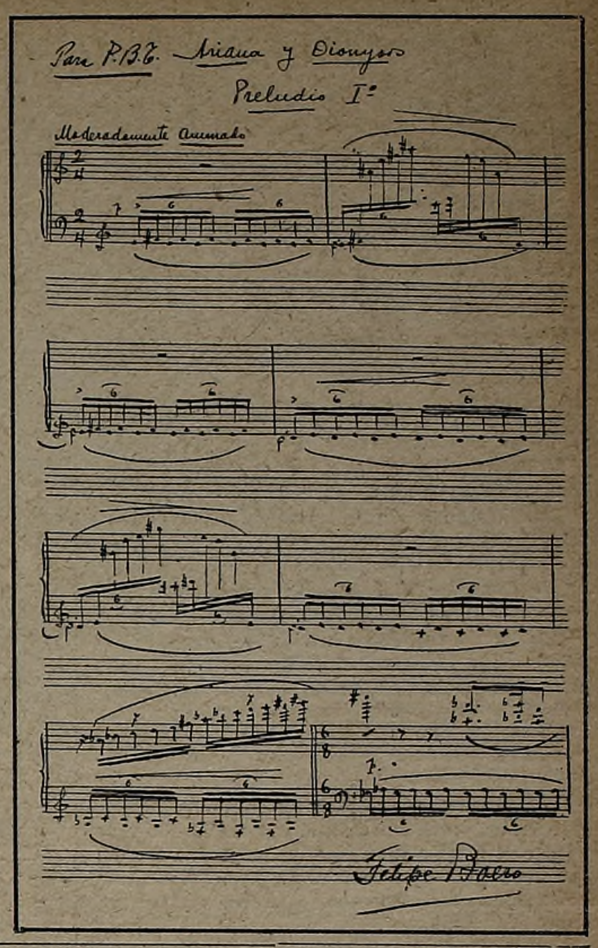
Doctor Andrés Pereira (hijo).

Doctor Francisco Beiró.

Señor Jacinto Fernández.

Doctor Rogelio Araya.





Felipe Boero, uno de nuestros más distinguidos compositores de quien oiremos este año en el Colón la ópera en dos actos *Tucumán*, poema de Leopoldo Díaz, acaba de terminar su partitura de «Ariana y Dionysos».

La nueva producción musical, sobre un poema mitológico del mismo poeta, muestra una faz diversa de ambos, interesante en la doble signicación que supone el consorcio de dos artistas argentinos abordando con fe el teatro lírico en castellano, y en el valor artístico ya probado de anteriores obras importantes ejecutadas en los conciertos de la «Sociedad Nacional de Música».

Esperamos que muy pronto el juicio del público ratifique en esta nueva obra el concepto de que gozan los autores en las esferas artísticas argentinas.

LA BOLSA O LA VIDA

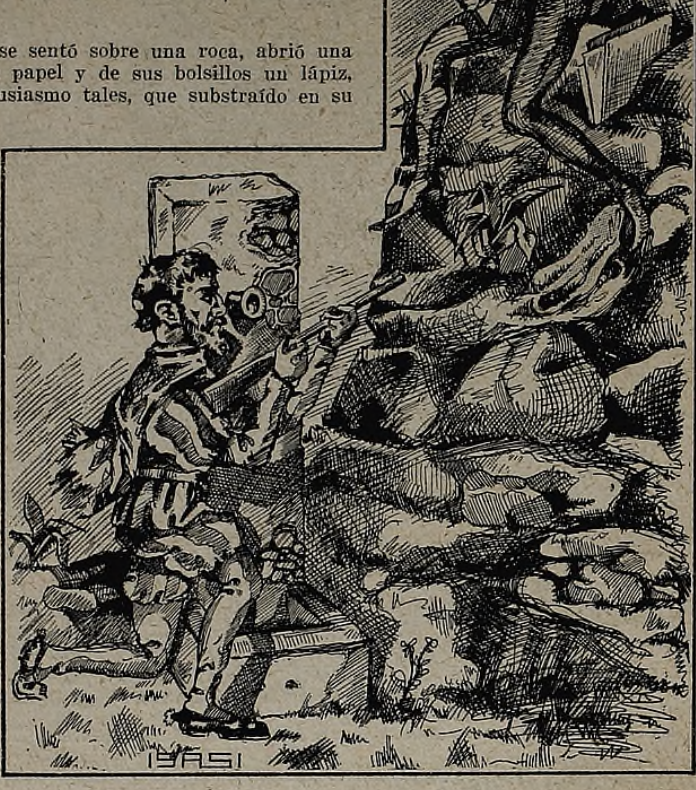
(HISTORIA DE UN CUADRO CELEBRE)

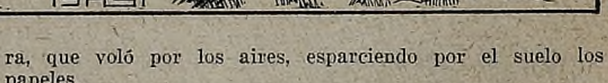
I

Al mediar la tarde de un hermoso día del año 1631, un mozalbete, que podría tener diez y seis años, apareció en lo más alto de uno de los enmarañados montes del Abruzzo.

—¡Qué hermoso es esto! — exclamó.

Y después de examinar el paisaje un corto rato, se sentó sobre una roca, abrió una cartera que llevaba, y sacando de ella una hoja de papel y de sus bolsillos un lápiz, comenzó a copiar el natural con un ardor y un entusiasmo tales, que substraído en su trabajo, no tenía ni ojos para ver ni oídos para oir lo que muy cerca de él acontecía.





II

Y lo que acontecía cerca de él era sumamente grave.

Un bandido, uno de esos feroces y sanguinarios bandidos que durante muchos años fueron dueños y señores de los montes y campos italianos, había desde lejos divisado al joven, y después de acercarse sigilosamente, apuntándole con su arcabuz:

—¡Eh, mozo, la bolsa o la vida! — le gritaba.

Sorprendido por tan brusca interpelación, Salvador Rosa, pues éste era el nombre del joven, levantó sus ojos y miró tranquilamente al bandido.

—Para mí quisiera yo esa bolsa que me pides — dijo con sangre fría.

—¡Duro eres! — repuso asombrado el bandido — y tu valor puede salvarte, si aceptas lo que voy a proponerte; hace poco cayó en poder de los soldados del Papa un compañero nuestro, que dentro de tres días será ahorcado. ¿Quieres ocupar su puesto?

—¿Su puesto en la horca? No. No tengo tanta prisa de ver al diablo, que quiera llegar a su presencia con un palmo de lengua fuera.

Y Salvador, llevándose la mano a la garganta y sacando la lengua cuanto pudo, remedó la figura de un ahorcado.

—No es eso lo que te propongo, bellaco; lo que te propongo es que te hagas ladrón como nosotros.

—El oficio no es malo, pero no me gusta; gracias.

—Tanto peor para ti — dijo el bandido, que al concluir de hablar disparó un tiro al aire.

III

No bien el ruido de la detonación resonó de roca en roca, cuando unos por un lado y otros por otro, aparecieron hasta cuarenta bandidos.

—Veinte, veintiuno, veintidós — decía el joven contándolos en voz baja; pero al llegar al veintirés, sus labios, en vez de un número, pronunciaron un ¡qué hermosa es! involuntario.

Hermosa, hermosísima, en efecto, había aparecido entre los bandidos una joven que dirigiéndose al causante de la alarma le dijo con vivísimo interés:

—Padre... ¿Os ha sucedido algo?

—Nada, mira... — contestó el interpelado; y al decir «mira» señalaba a Salvador, en el cual fijó sus negros y hermosos ojos la muchacha.

—¿Y quién es ése?; ¿y por qué has llamado tú? — preguntó un viejo de larga y blanca barba, que era el jefe de los bandidos.

—He llamado para que me digáis qué se hace con ese mozo que he encontrado ahí y que ahí está tan tranquilo; porque lo que es en cuanto a valor, lo tiene y mucho. Y para probar su acertó refirió cuanto había sucedido, pintando con vivísimos colores la bravura y serenidad del mozalbete.

—Valiente es, en efecto; pero por lo mismo es preciso que yo sepa quién es y qué hace aquí — objeto el viejo.

—Debe ser pintor, porque mirad el equipaje que trae: — y para mostrarlo mejor, dió un puntapié a la cartera, que voló por los aires, esparciendo por el suelo los papeles.

Salvador, que desde el momento en que la muchacha fijó en él sus negros ojos, no había apartado los suyos de los de ella, vió la acción de Malas Entrañas, que éste era el mote del bandido, y mudo, pero temblando de cólera, comenzó a recoger los esparcidos papeles, de los cuales la muchacha recogió también algunos, que le entregó diciéndole:

—Son muy bellos.

—Menos que tú, mucho menos que tú, cuya hermosa cabeza me servirá, si quieres, de modelo para una Santa Madona. ¿Me dejas que te retrate?

Iba la muchacha a contestar accediendo a sus deseos, cuando el jefe de los bandidos exclamó:

—¡Retratarla! ¡De ningún modo! ¿Te han pagado acaso para que vengas aquí y saques nuestros retratos a fin de que por ellos nos conozcan los esbirros del Pontífice?

—¡Lo adivinaste! ¡Qué talento! — repuso Salvador, que, en las propias barbas del Cándido, soltó una sonora carcajada.

—¡Insolente! — rugió más bien que dijo el de la barba blanca, sacando un pistolete de su cinto.

Rápida como el pensamiento, la muchacha, viendo la acción del bandido, se interpuso entre éste y Salvador.

—Apártate, Marieta, apártate — gritóla iracundo el viejo.

—¡No, no por Dios, no lo matéis! Abuelo, padre y vosotros hermanos míos, si me amáis, dejad que viva.

Vaciló el capitán y vacilaron los suyos, y mientras ellos vacilaban, Salvador, sin cuidarse de sí mismo, decía a su protectora:

—Así, no te muevas, por Dios, hermosísima Marieta, porque en esa actitud estás sublime.

Y lleno de inspiración, comenzó a copiar la pura y espléndida belleza de la joven.

IV

Con febril entusiasmo, con prodigiosa rapidez, Salvador trasladaba al papel las correctas líneas de las facciones de Marieta, cuya belleza, grande por sí sola, era aumentada por la rudeza y ferocidad de las fisonomías que la rodeaban.

— ¡ Bravo ! — se decía a sí mismo el pintor de vez en cuando. — ¡ Bravo ! Nunca he estado tan feliz, ni nunca mi lápiz ha obedecido a mi inspiración como hoy para retratarte la obedece. ¡ Qué hermosa eres, Marieta !



Deseosos de ver lo que hacía, los bandidos poco a poco fuerón acercándose a Salvador, en rededor del cual permanecieron silenciosos, hasta que:

— ¡ Ya está, ya está ! — gritó el viejo que, arrebatando al artista su dibujo y mostrándolo a los suyos, les decía entusiasmado: — ¡ Mirad, mirad, es mi nieta, mi nieta que mira, que sonríe, que vive en este papel !

Y el feroz y sanguinario jefe de los bandidos llevó el dibujo a sus labios.

— ¡ Sí, es mi hija, es Marieta ! — exclamaba por su parte Malas Entrañas, que, lleno de admiración, pasaba sus miradas de Marieta al retrato y del retrato a Marieta, la cual a su vez miraba embebecida a Salvador, que embriagado por el triunfo les decía a los bandidos:

—¿ No es verdad que soy pintor? ; ¿que siento la belleza y sé copiarla?

— Lo eres, ¡ vive Dios ! — contestó Malas Entrañas. — Has retratado a mi hija, y yo también quiero ser retratado por ti, pero como yo te diga. En esta bolsa — y el bandido mostraba una — hay cien escudos de oro ; pues bien, mañana iré yo mismo a Roma y compraré lienzo, colores, pinceles, todo lo que necesites para hacer un gran cuadro que represente nuestro encuentro.

— ¡ Magnífico ! — exclamó el pintor. — El asunto es soberbio, y yo sabré interpretar bien lo que tan de cerca he tocado. Vete a Roma y trae lo necesario ; que yo te juro hacer una gran obra.

— Por lo cual, si quedo contento, recibirás cien escudos.

— Pues no hay más que hablar y trato hecho.

— Trato hecho — replicó Malas Entrañas, — y como te quedas aquí esta noche celebraremos nuestro encuentro.

V

No había transcurrido un mes, y Salvador terminaba ya su obra, la presentó a los bandidos, produciendo en ellos un efecto y un entusiasmo mayores que los producidos anteriormente por el admirable retrato de Marieta.

Cumplida, pues, su promesa por el joven, Malas Entrañas cumplió también la suya, entregándole, no ya ciento, sino doscientos escudos.

Rico con ellos, animado por el triunfo conseguido y lleno de risueñas esperanzas, Salvador dejó las escarpadas montañas del Abruzzo, llevándose el dinero y la amistad de los bandidos, entre los cuales, en cambio, quedaron dos obras suyas: una pasión, que duró lo que la vida de Marieta, y un lienzo que, conservado cuidadosamente, pasó de unos bandidos a otros durante más de un siglo, hasta que descubierta la cueva donde estaba, fué llevado a Roma, que adornó con él la sala de la Audiencia del palacio de San Angelo.

La ciudad eterna, que lo poseyó muchos años, no posee hoy este bellísimo lienzo, que, comprado por un opulento lord; se encuentra actualmente en el Museo de Londres, cuyo catálogo, explicando su asunto, dice : «La bolsa o la vida, escena de unos bandidos italianos, pintada por el ilustrísimo Salvador Rosa, a la edad de diez y seis años.»

Mariano VALLEJO.

FACULTAD DE CIENCIAS MEDICAS

MEDICOS GRADUADOS EN 1917

(Continuación)


Silvio Francesco.


Abraham Feinann.


José Garay.


Luis M. Gandulla.


León Gómez.


Salomón Garfunkel.


Santiago P. Giorgi.


Alcides Guaita.


I. M. Hernández.


E. Harguindeguy.


Juan Hiwelault.


Mandolini Hernani.


Alberto Helguera.


Jacobo Korinán.


Arturo Lamberti.


Dardo Leiva.


José V. Lascurain.


Osvaldo Loudet.


José Méndez.


Osvaldo Mazzini.


Alfredo Martín.


H. A. Mascheroni.


Juana Manensé.


Carlos Medina.


N. V. Miloslavich.


Héctor Norrié.


Agustín Morchio.


A. Manrique Soto.


Carlos C. Fornasini.


Juan Méndez.


Carlos Manacorda.


J. R. Mendilaharzu.


José Melfi.


Carlos A. Mujica.


M. Muñoz Vives.


Alberto Ocampo.


J. C. K. Pelletán.


Ricardo F. Pisani.


Eufí Pertins.


Virginia Peradotto.


Daniel Priano.


Fermín G. Ramos.

Dirección, Redacción y Administración:

Av. Julio A. Roca 531



Teléfonos
Dirección, Redacción y Administración:
Unión T. 2402, Avenida
Coop. T. 1398, Central

ADMINISTRADOR:
HORACIO RAFFO

HUMORISTICO
NOTICIOSO
INSTRUCTIVO

DIRECTOR:
SIDNEY A. SMITH

Precios de subscripción

EN LA CAPITAL		EN EL INTERIOR	
Trimestre	$ 2.50	Trimestre	$ 3.00
Semestre	» 5.00	Semestre	» 6.00
Año	» 9.00	Año	» 11.00
Número suelto	» 0.20	Número suelto	» 0.25
Número atrasado	» 0.40	Número atrasado	» 0.50

EN EL EXTERIOR

Trimestre	$ oro 2.00
Semestre	» 4.00
Año	» 8.00

Encuadernación:

Por encuadernar cada tomo correspondiente a un bimestre hasta el número 457 inclusive	$ 1.60
Por cada tapa suelta, íd., íd	» 0.90
Por encuadernar cada tomo bimestral, del número 458 en adelante	» 2.00
Por cada tapa suelta, íd., íd	» 1.00
Por encuadernar cada tomo trimestral, del número 619 en adelante	» 3.00
Por cada tapa suelta, íd., íd	» 1.50

Para precios de propaganda dirigirse al Jefe Sección Avisos.

No se devuelven los originales, ni se pagan las colaboraciones no solicitadas por la Dirección, aunque se publiquen. Los repórteres, fotógrafos, cobradores, agentes viajeros y demás representantes de esta revista justificarán su personalidad documentalmente, rogándose al público no reconozca en tal carácter a quien no presente el referido testimonio de identidad firmado y sellado por la Administración.

El Administrador.